

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — Tomo XXXII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 27. — N° 831.

SUMARIO.

El baron James de Rothschild; grabado. — Rossini; grabados. — Revista de París. — Poesía. — Construcción del local destinado á la administración del nuevo «Moniteur»; grabado. — La tontería. — Una historia que parece cuento. — Excursiones escolares en Suiza; grabados. — Resultado de las observaciones del eclipse total de sol de 1868; grabados. — Debe y haber. — Problemas de ajedrez; grabado. — Las conferencias de París, por Bertall; grabados.

El baron

JAMES DE ROTHSCHILD.

Todo el mundo ha dicho: ¡Ha muerto un rey! al saber el fallecimiento del primer banquero del mundo. Y es cierto. El baron James de Rothschild, el último de los cinco hijos de Meyer Rothschild, de Francfort, era verdaderamente el soberano... del dinero. Los reyes, los emperadores y los Estados eran tributarios suyos; él tenía en sus manos la suerte de los gobiernos, y su imperio estaba tan bien reconocido, que al saber que el primer empréstito de Italia había sido suscrito por Rothschild, un diplomático exclamaba:

— Hé ahí una firma que vale tanto para la Italia como la de todos los soberanos de Europa.

¿Cuánto poseía? ¿Mil millones, dos mil millones de francos?... ¿Qué importa? Su poderío no puede calcularse rigurosamente por un guarismo, puesto que á sus enormes capitales hay que añadir su crédito que no tiene límites, pues la casa de Rothschild puede repetir aquel célebre dicho de la antigua casa de España: Que el sol no se pone nunca en sus Estados. Los cinco hermanos Rothschild, estableci-

dos en París, Londres, Francfort, Viena y Nápoles, han llegado en verdad á gobernar financieramente á toda Europa, y por la Europa al mundo entero. Con un motor de semejante potencia, toda operación de dinero es de un resultado seguro. Pidáanse los millones que se

quiera, por centenares, por miles. A la noticia de la conducta de los prusianos en Francfort, M. James de Rothschild puso mil millones á la disposición de la Francia, y á la hora conveniente habrían estado prontos. El *veni, vidi, vici*, de César.

Y en medio de esta dorada omnipotencia, nada de figuron, pues M. de Rothschild no se ha pagado nunca de vanas ostentaciones. En su casa todo se hace con sencillez y con grandeza. Se hacen formalmente operaciones formales. Los negocios descansan en una base de millones, y el oro está allí como en casa propia. Muchos han querido luchar contra el coloso; es lo mismo que si se quisiera levantar el pico de Tenerife con una paja.

Una anécdota en prueba de su poderío.

Una vez sabe M. de Rothschild que los directores del Banco de Inglaterra han aventurado sobre su papel una observación cualquiera.

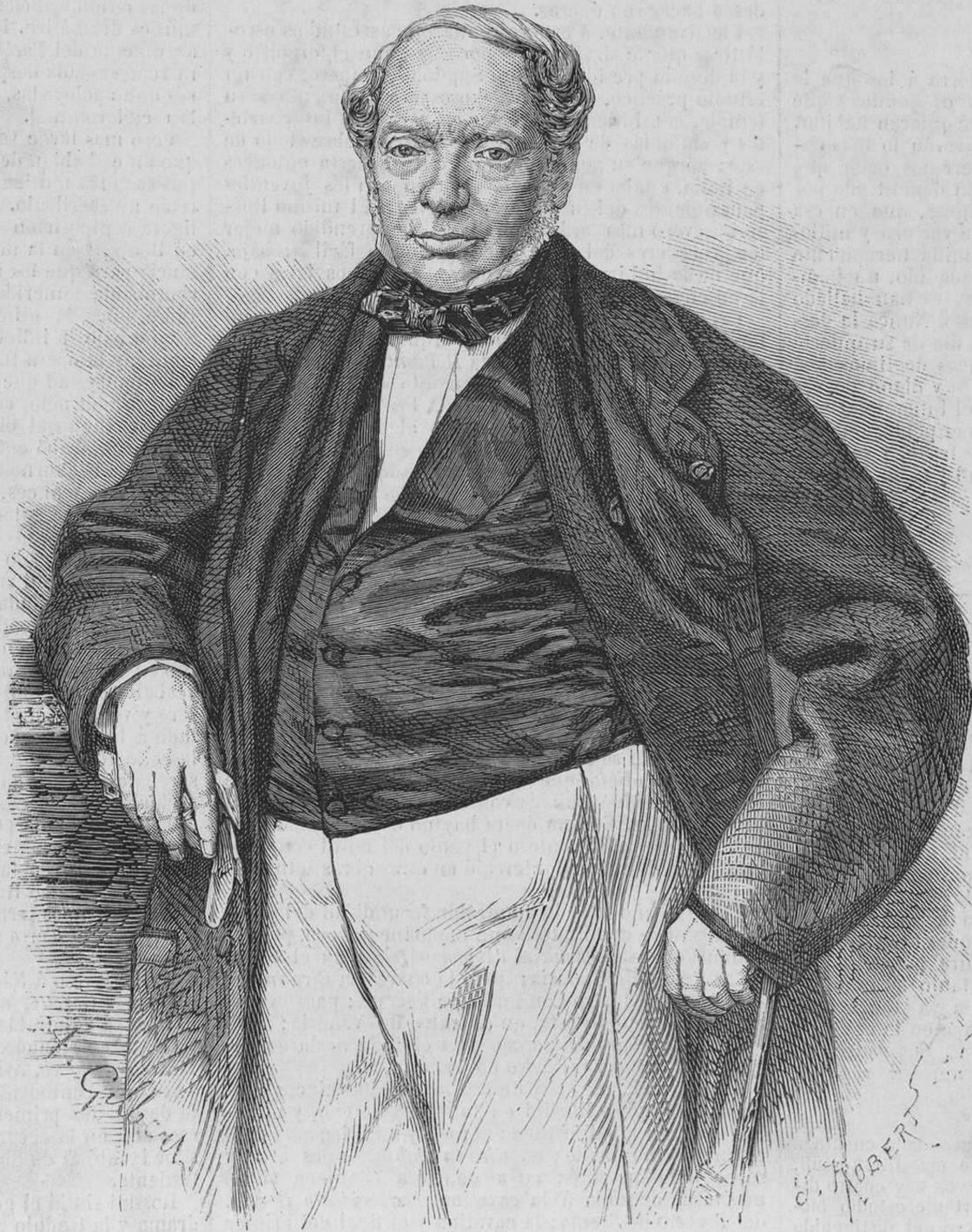
La respuesta no se hace esperar. Los Rothschild de Londres y de París se resuelven sobre la marcha, y dicen al Banco:

— Pues venga nuestra firma, que os vamos á devolver la vuestra.

Para devolver su firma al Banco, los Rothschild se presentaron durante muchos días á cambiar una masa formidable de billetes, y el guarismo del reembolso llegó á tomar tales proporciones, que las existencias del Banco se vieron muy comprometidas.

Firmóse la paz; pero con una condición, que el Banco de Inglaterra mostraría tanta deferencia con la firma de Rothschild como con la suya.

Preciso es reconocer que esa situación única en el mundo, y quizá única también en la historia de las potencias financieras, no ha sido conquistada por M. de Rothschild, sino mediante una rigurosa exactitud en sus operaciones, un juicio recto sobre los hombres y las cosas, y una actividad de toda la vida.



El baron James de Rothschild.

Sabido es el rasgo que ha contribuido al origen de su fortuna, á hacer de él «el prestamista de los reyes.» Un príncipe alemán le había confiado un capital considerable, en manos del entendido banquero este capital fructificó, y llegado el día de la devolución, M. de Rothschild lo dió todo, capital y producto, cuando habría podido limitarse á entregar el rédito. Este acto le constituyó en banquero de los gobiernos, y prueba que la rectitud es en todos los casos la mejor regla de conducta.

Su vida entera pone de manifiesto su actividad que no se desmintió un momento. En 1815, cuando sube el triunfo de la coalición en Waterloo, se arroja en una barca que lleva también á un nuevo César con su fortuna, y esa travesía de una noche le permite comenzar con toda seguridad en el mercado de Londres, aquella gran partida de alza que debía ser la continuación de Waterloo.

Acertar siempre porque veía las cosas con exactitud, tal fué el gran mérito del opulento financiero.

Un día le presentaron un hombre tan reservado como modesto.

— Es un cero, dijo después de la presentación uno de los hombres que le rodeaban.

— Decid muchos ceros, replicó el barón, que era aficionado á la lengua de cifras y de negocios.

Y añadió con malicia:

— Pero delante de esos ceros hay que poner una unidad. Ese hombre representará una gran cifra en los negocios.

Posteriormente se vió que Rothschild no se había equivocado.

Al barón le gustaban las agudezas. Con efecto, lo que sorprende á primera vista en esa casa donde se tratan las mas grandes operaciones de banca, de industria, de comercio y de obras públicas, es el ver la soltura y afabilidad con que todo se lleva de frente. Después de haber pesado todo el día el Debe y Haber de todos los gobiernos, después de haber dado las mil órdenes que exige la primera fortuna del mundo, el barón James de Rothschild aun hallaba tiempo para ocuparse de su interior, de sus palacios, de su círculo, de sus cuadros, y para divertirse haciendo bromas.

Algunos días antes de las jornadas de junio en 1848, encontró á uno de los oficiales que habían mandado el puesto que le dió Caussidière después de la revolución: era cuando estaba en alza el socialismo.

— Vamos á ver, exclama, acercándose á su hombre, decidme una vez por todas ¿qué es lo que quieren vuestros socialistas?

— ¿Me lo preguntais, señor barón? Lo mismo que yo lo sabeis.

— ¿Quieren capital, no es cierto?

— Seguramente.

— Entonces ¿por qué hacen la guerra á los que le tienen? Me parecen muy extraños unos hombres que principian por echar abajo la casa que quieren habitar.

Concluyamos con dos palabras que serán lo mas característico de esta breve noticia. Queremos decir que los funerales de M. de Rothschild han demostrado por una manifestación de las mas simpáticas, que en esa casa donde todos tienen costumbre de ver oro y millones, había también un padre de familia tiernamente amado, un jefe de establecimiento venerado, un hombre de bien que las miserias parisienses han hallado siempre accesible, caritativo y generoso. Nunca la desgracia llamó en vano á su puerta. El día de su muerte se distribuyeron trescientos mil francos de limosna á quince mil pobres. ¡Recuerdo durable y digno de ser citado como ejemplo! Así es que en el funeral del mas rico banquero de París, figuró toda una población religiosamente recogida, profundamente triste, y sobre la tumba del gran millonario, la gratitud y el cariño derramaron muchas lágrimas!

H. C.

Rossini. (1)

Joaquín Rossini nació el 29 de febrero de 1792 en Pésaro, pequeña ciudad de los Estados Pontificios. Su padre José Rossini tocaba la trompa é iba de feria en feria formando parte de las orquestas improvisadas que tocaban en las óperas que se organizaban durante dichas ferias. Su madre, Ana Guidarini, cantaba las segundas partes de soprano en las mismas óperas.

Concluida la ruta de la estación, la familia Rossini volvía á Pésaro, donde pasaba el resto del año viviendo de los escasos recursos de sus excursiones artísticas. En el seno de esa existencia pobre y oscura pasó sus primeros años el que mas tarde ilustró tanto su nombre. A la edad de diez años Rossini seguía ya la profesión de su padre, tocando la segunda trompa en la orquesta de las compañías de ópera ambulantes. Sus padres no pensaron en darle una educación musical regular,

(1) En nuestro número anterior hemos dado cuenta á nuestros lectores del funeral del ilustre maestro Rossini, grandiosa ceremonia á la que consagramos hoy cuatro dibujos, acompañados del extenso é importante estudio biográfico que del cisne de Pésaro ha escrito el distinguido historiador M. Fetis.

hasta que advirtieron su hermosa voz: era en 1804, y entonces le proporcionaron el maestro Angel Tesei, de Bolonia, quien le enseñó el canto y el piano y le hacia cantar solos de tiple en las iglesias. Dos años después, esto es, á la edad de catorce, Joaquín Rossini era gran solista, pues leía cualquiera clase de música á primera vista y acompañaba con mucha seguridad en el piano.

Sus padres concibieron entonces el proyecto de sacar algún partido ventajoso del precoz talento del hijo, y de agregarlo, no ya como simple trompista á los espectáculos de las ferias de la Romagna, sino en calidad de *maestro al cembalo*, como se llamaba entonces á los maestros directores de las óperas.

El 27 de agosto de 1806 Rossini partió de Bolonia para ir á Lugo, Ferrara, Forlì, Sinigaglia y á algunas otras pequeñas ciudades; y durante esta expedición se le declaró la muda de la voz y dejó de cantar. Imposibilitado por este accidente de desempeñar las funciones de maestro de coros, volvió á Bolonia el 7 de marzo de 1807, y entró en el Liceo de esta ciudad, donde tomó lecciones de contrapunto del abate Mattei.

Pocas organizaciones musicales han estado menos dispuestas que la de Rossini para someterse pasivamente á los preceptos de escuela. Impaciente para componer y guiado por su instinto hácia la carrera de compositor dramático, no comprendía la utilidad de los ejercicios que se le hacían practicar en el arte de componer, en un estilo puro y correcto, á cuatro, cinco ó seis partes reales sobre la escala ó de un canto llano dado.

Menos podía decidirse aun á no usar en sus composiciones sino armonías sencillas y consonantes sin modulaciones; pues que su inclinación natural tendía á esas asociaciones de acordes en que todas las tonalidades están puestas en un contacto continuamente variable. Toda la ciencia del abate Mattei, sin duda incontestable, era de poco aliciente para dirigir el genio de semejante discípulo.

El método y los recursos del maestro no eran bastante ingeniosos para modificar su sistema escolástico en favor de una inteligencia audaz como la de Rossini. Después que Mattei había enseñado á sus discípulos todas las combinaciones del contrapunto simple y doble, la fuga y el canon, solía decirles que estos estudios solo eran suficientes para componer música *libre*; pero que para el estilo de iglesia era necesario poseer conocimientos mas extensos en el arte. Rossini le contestó una vez:

— ¿Qué decis, maestro? Con lo que yo he aprendido hasta ahora ¿se pueden componer óperas?

— Sin duda, replicó aquel.

— Basta, ya no quiero saber mas; porque lo que yo deseo hacer son óperas.

Efectivamente, á esto se limitaron sus estudios escolásticos que le sirvieron de poco, porque el disgusto y la desidia presidió á ellos. Supliólos, empero, con un estudio práctico, mas provechoso para un talento de su temple, consintiendo el poner en partitura los cuartetos y sinfonías de Haydn y de Mozart, sobre todo de este; porque su genio no comprendido hasta entonces en Italia, estaba en perfecta relación con los juveniles pensamientos del futuro grande artista. El mismo Rossini aseveró mas tarde, que había comprendido mejor los procedimientos del arte practicando este fácil trabajo, que no lo hubiera logrado durante muchos años con la enseñanza de su maestro Mattei.

Las primeras producciones del talento de Rossini fueron una sinfonía á grande orquesta, cuartetos de violines y una cantata titulada *Il Pianto d'Armonia*, que se ejecutó en Bolonia el 11 de agosto de 1808, cuando había cumplido diez y seis años. A los primeros meses de 1810 volvió á Pésaro, donde en algunos aficionados encontró protectores que ayudaron sus primeros pasos en una carrera en la que había de adquirir una gloria envidiable.

A esta protección debió Rossini que se le contratase para componer su primera ópera, titulada *la Cambiale di matrimonio*, que se ejecutó en el otoño de 1810 en el teatro de San Mosé de Venecia. El éxito que tuvo esta producción fué el que podía alcanzar una opereta en un acto de un inexperto compositor de diez y nueve años. El segundo ensayo lo hizo Rossini en el otoño del año siguiente con una ópera bufa, titulada *l'Equívoco stravagante*; que dió en el teatro del Corso de Bolonia; cuya obra no tuvo buen éxito, á pesar del talento con que desempeñó el papel principal la Marcolini.

Pero pronto se rehabilitó el joven compositor con el *Demétrio e Polibio*, que escribió para el teatro Valle de Roma, y que fué cantada con mucho éxito por Mombelli y sus hijas. En esta ópera hay un delicioso cuarteto, en el que se reveló entero el genio del novel compositor, y que después se intercaló en otras obras del mismo autor.

Desde el año 1812 la admirable fecundidad del genio de Rossini se manifestó de un modo inequívoco, porque compuso para el carnaval *l'Inganno felice*, en el teatro de San Mosé de Venecia; para la cuaresma *Ciro in Babilonia*, en el teatro Comunale de Ferrara; para la primavera la *Scala di ceta*, en el teatro de Venecia; para el otoño la *Pietra del paragone* en el de la Scala de Milan y *l'Occasione fa il ladro* en Venecia.

A la verdad, poco hay de bueno en estas cinco óperas que compuso Rossini en tan poco tiempo, y no todas tuvieron igual fortuna; pero hay en *l'Inganno felice* un trio muy bello; en *Ciro in Babilonia* dos arias y sobre todo un coro; cuya deliciosa cantilena sirvió mas tarde de tema á la cavatina *Ecco ridente il celo*, del *Barbero de Sevilla*; la cavatina y el final del primer acto de la *Pietra del paragone*, son piezas que no deja-

ron la menor duda de la rica imaginación del joven maestro.

El año siguiente *Tancredi*, escrito para la Fenice de Venecia, y *l'Italiana in Algeri*, para el teatro de San Benedetto de la misma ciudad, hicieron que la opinión pública reconociese á su autor por el primero de los compositores dramáticos de Italia contemporáneos suyos. El colorido caballeresco de la primera de estas óperas, la melancolía del papel de Tancredi, el sostenido interés que por primera vez se vió dominar desde el principio al fin de una ópera seria italiana, por un raudal continuo de inspiración, una armonía cuyas ingeniosas sucesiones no eran conocidas antes de los compatriotas de Rossini, por fin, una instrumentación cuyas formas no les eran menos nuevas; todas estas circunstancias procuraron á la creación del artista un éxito de entusiasmo, que fué señal cierta de una época de verdadera transformación en el arte.

El abuso de ciertos medios de efecto, tales como los *crescendos*, las *cabaletas* y los singulares descuidos de estilo y de contadura que abundaban en la obra, dieron lugar, es verdad, á las severas increpaciones de los críticos, que contrastaban con las exclamaciones de admiración de los aficionados.

Pero el autor del *Tancredi* comprendió que los defectos de este género solo son censurados por los inteligentes, que siempre son los menos, y que el público no analiza lo que le conmueve. Como Rossini quería la popularidad, preciso es confesar que nunca la alcanzó mas completa ningun compositor, en el buen tiempo de su carrera.

A pesar de la crítica de que fueron objeto sus innovaciones, y de los esfuerzos de los partidarios de la antigua escuela, después de haber dado á luz el *Tancredi*, Rossini ya no tuvo rivales en Italia. Desde entonces Venecia, Milan, Roma y Nápoles fueron las únicas ciudades que pudieron aspirar al honor de contratarle para componer para sus respectivos teatros. Durante el año 1814 estuvo en Milan, para cuyo teatro compuso *Aureliano in Palmira é il Turco in Italia*. En 1815 solo produjo la *Elisabetta*, que como estaba destinada al teatro de San Carlos de Nápoles, que á la sazón era considerada la primera escena lírica de Italia, su importancia le hizo poner todo su conato en esta composición.

Los dos años siguientes fueron los mas activos de la carrera de Rossini, y los mas notables por la importancia de las obras que compuso y por el número de ellas. Fué la primera una cantata para el casamiento de la duquesa de Berry, y luego escribió el *Barbero de Sevilla* para Roma.

Las fases de la fortuna presentaron en esta ópera una de las circunstancias mas singulares de la historia de la música dramática. Paisiello había puesto en música el argumento del *Barbero de Sevilla* para Rusia, cuya ópera representada después en Italia, encontró mas censores que apologistas, pues los romanos particularmente la recibieron mal.

Pero mas tarde se aficionaron á la ópera de Paisiello que antes habían despreciado; y la idea de que se compusiese otra música para el mismo argumento les pareció un sacrilegio. Por otra parte, *Torvaldo e Dorliska*, ligera composición de Rossini que precedió al *Barbero de Sevilla* en Roma, y en la misma temporada, tuvo poca importancia para que los romanos no considerasen como una improvable temeridad la empresa del joven maestro. Dióse, pues, la primera representación del *Barbero de Sevilla* bajo la influencia de tan desfavorables preveniciones, y la ópera tuvo un éxito desgraciado.

La tempestad que empezó á rugir sordamente durante el primer acto, estalló en el segundo, y la ejecución de esta inmortal obra maestra de gracia y de jovial elegancia, acabó entre las manifestaciones de reprobación mas bochornosas. No acostumbrado Rossini á semejantes percances, no quiso ponerse en el piano á la segunda representación del *Barbero*, fingiéndose enfermo.

Estaba entregado á un profundo sueño cuando, de repente, un gran ruido se oyó en la calle, y algunos subieron precipitadamente la escalera de su casa. Asustóse Rossini creyendo que los partidarios de Paisiello le perseguían hasta en su morada; pero los que invadieron su aposento eran García, Zamboni y Boticelli que acababan de cantar la segunda representación del *Barbero* y venían á notificarle que la ópera se había levantado á las nubes (*alle stelle*) y que el público invadía la calle al resplandor de las antorchas para darle una serenata como una prueba inequívoca de su admiración.

Esta inesperada peripecia causó grande sorpresa en toda Italia, y contribuyó á los brillantes triunfos que había de alcanzar tan bella composición. En el *Barbero de Sevilla* empleó Rossini diferentes veces el efecto del ritmo á tiempos ternarios, de un movimiento vivo, que ensayó en el *Turco en Italia* y del que después usó con frecuencia.

A su regreso á Nápoles dió en el teatro de los Fiorentini la *Gazette*, en un acto; luego compuso *Otello*, para cuya admirable partitura encontró acentos tan patéticos y apasionados, como tuvo chispa y gracia para *Rossina* y *Figaro*. Así el artista como el mero aficionado se sienten conmovidos al recordar la música penetrante de los dos primeros y enérgicos actos del *Otello*, y mas aun en la del tercero, en que el genio del compositor igualó al de Shakspeare, pero no en el mismo sentimiento.

Rossini sintió el género de pasión que domina en el drama y la tradujo con la originalidad del músico, así como Shakspeare la trató con la imaginación de poeta.

Señálase también una innovación en la composición musical de *Otello*; esto es, la completa desaparición del recitatorio libre, reemplazado por un recitado acompañado, al que una instrumentación pintoresca le da un carácter más decidido á cada situación y una expresión más viva á todas las pasiones.

Con esta innovación, Rossini acabó de hacer desaparecer la languidez de la ópera seria, que los más grandes compositores no pudieron ó no supieron evitar antes de él, en los intervalos que separaban las piezas. Es cierto que Rossini se preocupó siempre del efecto, al que quizás sacrificó ciertas partes del arte; pero es preciso confesar que semejante preocupación le hizo encontrar bellezas desconocidas antes de él.

Solo dos meses trascurrieron desde la primera representación del *Otello* en Nápoles, á la de la *Cenerentola* en Roma. Al estrenarse esta hermosa ópera tuvo por intérpretes á cantores de segundo y hasta de tercer orden, y una orquesta detestable, por lo que entonces no hizo el efecto que causó más tarde, cuando fué cantada por artistas excelentes.

En la primavera de 1817 dióse en Milan la *Gazza ladra* que causó profunda impresión. Esta composición encierra grandes bellezas mezcladas con defectos notables: en ella la inspiración libre y pura está unida á las formas de convención basadas en los crescendos, las cabaletas, la frecuente reproducción de los ritmos animados y el desarrollo progresivo del efecto ruidoso; de modo que la *Gazza ladra* fué elogiada y censurada á la vez por los inteligentes.

Rossini comprendió sin duda la necesidad que tenía de cambiar, ó de modificar á lo menos su estilo, para evitar el repetirse; pues las cinco óperas consecutivas que compuso para Nápoles, después de la *Gazza ladra*, ofrecen variedades, en las que, á pesar de la reproducción de ciertas formas habituales, se descubre una tendencia al colorido local y á la expresión caracterizada. En la *Armida*, domina la suavidad y el tono caballeresco; en *Mosé*, el sentimiento religioso; en *Ermione*, la sencillez de la declamación lírica; la *Donna del lago* tiene el sabor romántico y el carácter montañoso; hay en el *Mahomet*, felices contrastes de vigor salvaje y el acento de abnegación patriótica. Pero luego en *Adelaide di Borgogna*, compuesta para Roma en 1818: en *Ricciardo e Zoraide*, para Nápoles en el mismo año; en *Eduardo e Cristina*, para Venecia en 1819, y en *Matilde di Shabran*, aunque encierren muy buenas piezas, el tono es generalmente más vago en estas obras, y en el estilo hay más forma que idea. *Bianca e Faliero* solo encierra un cuarteto delicioso que después se intercaló en la ópera la *Donna del lago*.

Desde 1815 Rossini fijó su principal residencia en Nápoles, porque Barbaja, que á la sazón era director de los teatros, le había señalado 12,000 francos anuales, con la condición de componerle dos óperas cada año y de dirigirle los ensayos de algunas otras antiguas. Barbaja tuvo durante muchos años la empresa no solo de los teatros de Nápoles, si que también el de la Scala de Milan, y el de la Ópera italiana de Viena, en cuyos coliseos hacía trabajar los mejores cantantes de aquella época; y á veces era una de las condiciones de los contratos la presencia de Rossini en dichos teatros. Así pues en 1822, después de haberse casado con la célebre Colbran, primera cantatriz que era á la sazón de los teatros reales de Nápoles, Rossini fué á Viena para dirigir su *Zelmira*, que cantada por su esposa, la Eckerlin, Nozari y David obtuvo un éxito brillante. Es de notar que la Alemania meridional, y sobre todo Viena, manifestó desde un principio un verdadero entusiasmo por la música de Rossini, al paso que en Berlín fué objeto de amargas críticas.

Después de haber encontrado una lisongera acogida en la familia imperial y en la alta sociedad de la capital de Austria, Rossini volvió á Nápoles y luego pasó á Venecia para componer la *Semiramide*, la última ópera que escribió en Italia y que lleva el sello de una nueva transformación del talento del autor. La riqueza de nuevas ideas, la variedad de formas y su tendencia á la elevación del estilo, y en fin, la novedad de las combinaciones instrumentales, dan gran precio á esta obra, aunque se pueda increpar su larga dimensión y la fuerza de sonoridad, que tomada por modelo por otros compositores, se ha exagerado y conducido á los excesos ó abusos de la época actual.

Cuando en 1823 se estrenó la *Semiramide* en Venecia, solo tuvo un éxito mediano. Hirióse el amor propio de Rossini con esta indiferencia que él consideró, con razón, como una injusticia, y dejó sin pesar el país que le viera nacer para ir á París y Londres, donde le esperaba un grande entusiasmo. Cinco meses estuvo contratado en la capital de Inglaterra, ocupado en dirigir los conciertos y dando á mas lecciones, cuyos productos subieron á la enorme suma de 230,000 francos, comprendidas dos mil libras esterlinas que le ofrecieron unos miembros del parlamento. En octubre regresó Rossini á París, adonde le llamó un contrato hecho con el ministro de la casa del rey, para dirigir la ópera en el Teatro Italiano.

Bien puede asegurarse que donde Rossini gozó de su más completa gloria fué en París. Fué necesario que pasase mucho tiempo para que su fama se estableciese en la capital de Francia, porque las varias empresas que se sucedieron en el Teatro Italiano desde 1813, época de la aparición del *Tancredi* en Venecia, parecía se habían propuesto dejar olvidadas las bellas composiciones del maestro de Pésaro.

Las únicas que se habían ejecutado medianamente en París fueron *l'Inganno felice* y la *Italiana in Al-*

gieri; pero que no tuvieron buen éxito. El tenor español García fué el que á fines de 1815 hizo conocer lo que era la música de Rossini, haciendo poner en escena el *Barbero de Sevilla*. Poco faltó, con todo, que á esta admirable obra no le hubiese cabido la misma suerte en París que la que le cupo en Roma; porque no faltaban en aquella capital admiradores de Paisiello á quienes les pareció muy imprudente que un joven músico se atreviese á rehacer la obra de tal maestro. Por otra parte, como el papel de *Rosina* fué cantado muy medianamente, no correspondió á la fama de la ópera; esta pues tuvo un éxito indeciso, á lo menos á la primera representación.

Solo después de haberse reproducido inútilmente el *Barbero* de Paisiello, y cuando la Fodor se encargó del papel de *Rosina* de la ópera del maestro de Pésaro, entonces gustó, y el público comprendió todo su mérito. Desde entonces á cada representación del *Barbero* se aumentaba el entusiasmo del público y parecía transformar á los espectadores; así como el maestro había transformado la música.

Il Turco in Italia, la *Gazza ladra*, *Tancredi*, *Otello*, *Cenerentola*, vinieron sucesivamente á aumentar la admiración general. Hicieron muchas ediciones de las partituras y de las piezas sueltas de Rossini; arregláronse para todos los instrumentos, para las bandas de música militares y para las orquestas de baile; con lo que se completó la metamorfosis del gusto francés.

En medio de estas circunstancias Rossini fué á establecerse en París, donde recogió los más dulces frutos de sus trabajos. Bien recibido en todas partes, festejado, ensalzado, rodeado de consideraciones y distinciones, entonces debió engrandecerse á sus ojos. Dotado de un talento fino y perspicaz y á mas imbuido de la falsa opinión de que no cabe la seriedad entre los franceses, desgraciadamente se persuadió que el papel que debía adoptar por excelencia era el de misticador. Nadie, por cierto, lo hubiera desempeñado mejor, pero á nadie convenía menos que al autor de *Semiramide* y de *Otello*. Mas tarde Rossini se convenció por experiencia de que se había equivocado; y modificando su opinión con la edad, tomó en la sociedad francesa el puesto que convenía á su gran talento.

El contrato de Rossini con el ministro de la casa del rey, le imponía la obligación de componer para la ópera italiana y la francesa, pero el favor de que gozaba con el vizconde de La Rochefoucault, encargado á la sazón de la administración de las bellas artes, logró hacer concesiones á su pereza.

La primera obra que Rossini compuso en París, fué una opereta para la coronación de Carlos X, titulada: *Il viaggio a Reims* en 1825, cuya ejecución se encargó á las célebres Pasta, Mombelli y Cinti, y á los no menos renombrados Zucchelli, Donzelli, Bordogni, Pellegrini y Levasseur. El año siguiente arregló ó refundió su *Mahometto* para el teatro de la Grande Opera, que se ejecutó con el título *le Siege de Corinthe*. En esta obra eliminó parte de la primera partitura, que reemplazó con nuevas piezas, siendo una de ellas la grande escena de la bendición de las banderas en el tercer acto. El éxito inmenso que tuvo en esta refundición hizo decidir á Rossini á hacer lo mismo con el *Mosé*, en cuya obra la música nueva que añadió á ella fué mucho mayor; pues el primer acto lo compuso casi todo nuevo, como también la música de baile, el gran final del tercer acto, y una excelente aria coreada en el cuarto. El *Nuovo Mosé* que se representó así aumentado en 1827, tuvo un grande éxito. El año siguiente dió Rossini el *Conde Ory*, elegante y graciosa obra en la que incluyó una gran pieza de la ópera italiana *Il viaggio a Reims* y algunos otros fragmentos, pero la mayor parte de aquella la compuso de música nueva.

Los admiradores del gran maestro hacia mucho tiempo que esperaban de él una gran ópera, y deseaban para su gloria que no tardase más en cumplir su promesa, como lo verificó por fin con el *Guillermo Tell*, que se representó en el teatro de la Grande Opera francesa en el mes de agosto de 1829. En esta obra el genio del gran compositor hizo una última y completa transformación. Amoldó su obra al gusto francés por la delicada y profunda inteligencia de la acción dramática. Sin embargo, conservó todo su fuego, elegancia y fluidez italiana en los inspirados motivos, y presentó más acabados los detalles; mostró más habilidad en la contestura y mas cualidades de aquellas cuyo conjunto compone lo que se llama el *estilo*.

El éxito del *Guillermo Tell* no fué dudoso; y los inteligentes proclamaron unánimemente la nueva obra de Rossini como la más bella de todas las suyas, y como uno de los mejores títulos de su gloria. Sin embargo, como el libretto de esta ópera es defectuoso y abunda en contrasentidos, y el público francés no suele hacer abstracción del drama para entregarse solo al placer de oír buena música, la falta de buen sentido de la pieza perjudicó en parte el buen efecto de la composición musical.

Esto fué causa que á la aparición de *Guillermo Tell* en la escena, el éxito de ella durase poco tiempo; al paso que las piezas sueltas de esta sublime obra se veían encima de todos los pianos y se cantaban en todos los conciertos. Con todo, cuando esta ópera fué reproducida en París y cantada por el célebre tenor Duprez, excitó la admiración general y obtuvo un éxito más grandioso y popular que en su estreno. Pero este triunfo fué tardío y no bastó para que Rossini olvidase la resolución que había hecho de no componer para la escena francesa.

El día siguiente al de la primera representación del

Guillermo Tell, el autor de tan sublime obra arrojó su pluma para no volverla á tomar más.

Apenas había cumplido treinta y siete años consideró que había llegado al término de su carrera; pues á los que le instaban para que volviese á entrar en ellas les decía:

— Un triunfo más no acrecentaría ya mi fama, y una caída podría menoscabarla; no necesito lo uno y no quiero exponerme á lo otro.

Este lenguaje de Rossini manifiesta que no supo ó no quiso aliar su privilegiado genio con el mismo grado de amor á la música; sentimiento puro y noble que induce á cultivar el arte por el arte y consuela al artista en sus penas. Cohonestando su descontento contra Francia con una excusa más especiosa que fundada, Rossini olvidaba que su despecho era injusto; pues declamaba contra el mal gusto de los franceses al mismo tiempo que postergado en su país por noveles compositores, poco dignos de compararse con él, y desconocido todavía en gran parte de la Alemania, solo la Francia era fiel á su gloria. Si hubiese reflexionado más en ello, se hubiera convencido de que cuando sus cantos dejarán de oírse en el mundo, todavía resonará un eco de su lira, y será en Francia de donde se exhalarán los sublimes acentos del *Guillermo Tell*.

La plaza de director del Teatro Italiano que se confirió á Rossini cuando llegó á París, no convenía á su pereza, pues ninguna administración antes que la suya se mostró menos activa y hábil. Próspero era el estado de este teatro cuando Rossini se encargó de él; dos años le bastaron para conducirlo á una pérdida inmediata, porque habiéndose separado la mayor parte de los buenos artistas y siendo muy gastado el repertorio, el director no reemplazó á los unos ni renovó el otro. A pesar de las simpatías que M. de La Rochefoucault tenía para Rossini, llegó á comprender que un hombre de su carácter era el menos capaz de dirigir la administración de un teatro, y de acuerdo con él le nombró intendente general de la música del rey é *Inspector general del canto en Francia*; prebendas que no le obligaban sino á cobrar un sueldo de 20,000 francos anuales, y de ser pensionado en el caso imprevisto de que se suprimiesen dichos empleos.

Estos emolumentos concedidos al célebre maestro, tenían por objeto obligarle á componer para la ópera francesa, dejándole la propiedad de sus obras, sin disminuirle el producto que podía haber sacado de ellas. Si las cosas hubiesen continuado en este estado, de seguro que Rossini hubiera compuesto algunas otras óperas más, después del *Guillermo Tell*; pero la revolución de julio de 1830 que arrojó del trono á Carlos X y á su dinastía, rompió los lazos que unían al grande artista con el monarca, y le volvió á su vida perezosa privándole de su sueldo. Rossini reclamó una pensión de seis mil francos, en indemnización de los perjuicios que sufría por haberse roto el contrato estipulado y firmado por el mismo rey destronado, y por fin logró su pretensión del nuevo gobierno, después de cinco ó seis años de instancias.

En 1836 Rossini hizo un viaje á Italia para ver sus propiedades; pero luego resolvió ir á establecerse en la Península. Primero permaneció algun tiempo en Milan, después fué á residir en Bolonia, donde le atraían los recuerdos de su juventud. Alteróse allí su salud de un modo muy grave; y al mal físico que sentía se añadió una enfermedad moral no menos temible, que era el fastidio.

Favorecido con los bienes de fortuna y colmado de gloria, no encontraba en ellos la satisfacción que esperaba. Una organización maravillosa, la serie de circunstancias favorables que allanaron su camino, y una celebridad la más brillante y universal que nunca haya gozado un artista; todas estas circunstancias no bastaron para llenar el vacío indefinido de su alma. Y es que le faltaba la fe del arte en los sentimientos del corazón, en la realidad del objeto de la vida, fuera de los goces materiales en el porvenir! ¡la fe, sin la cual nuestra existencia no es más que una triste decepción! Rossini había llegado, sin sospecharlo, al resultado final del escepticismo, que fué su filosofía práctica, hasta la edad de cincuenta años.

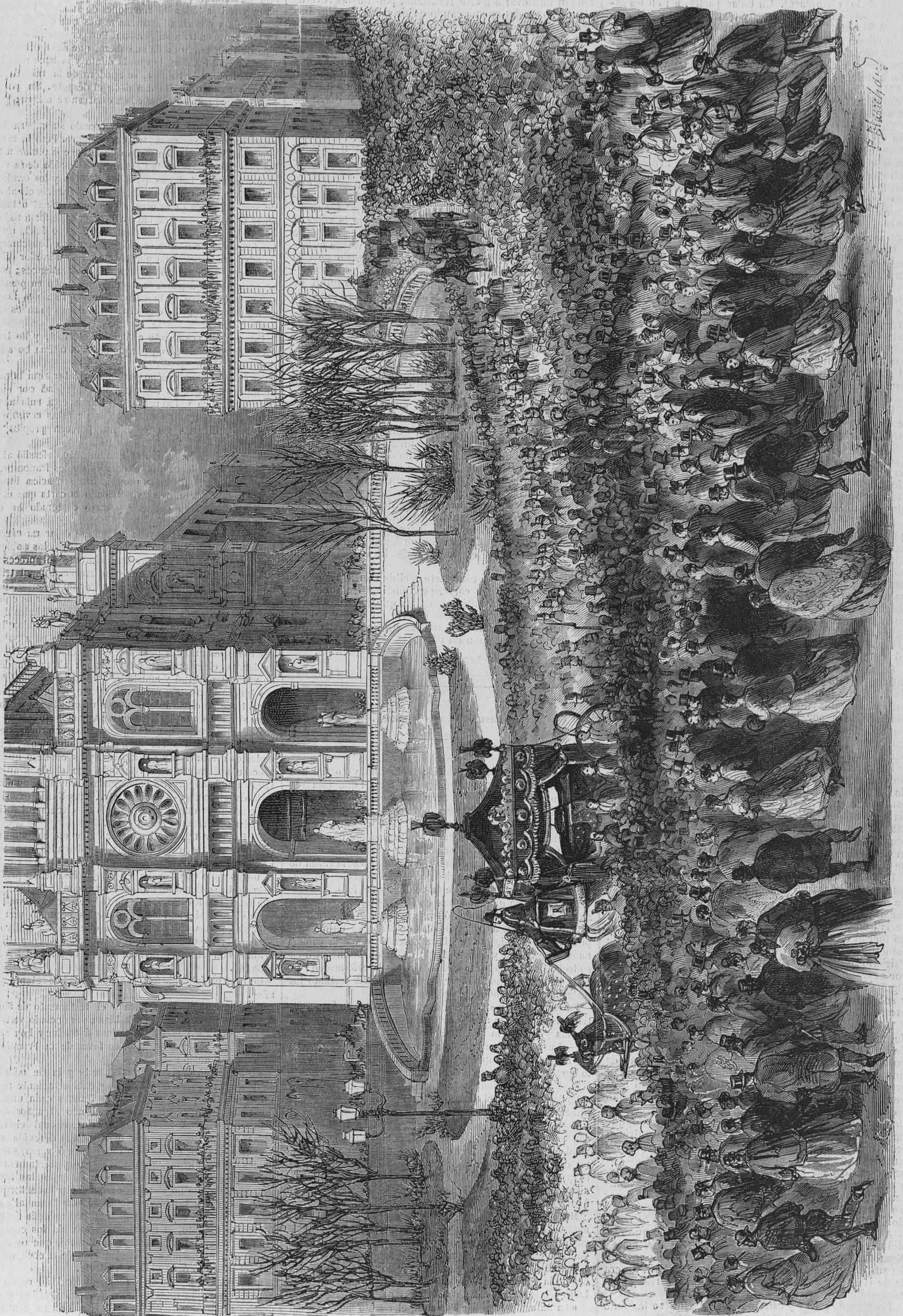
En el estado de abatimiento en que se hallaba Rossini en 1841, un amigo suyo fué á sacarle de él. En un viaje que hizo á Madrid en 1842, el célebre maestro compuso un *Stabat Mater* para el señor Varela, comisario de Cruzada que era á la sazón. El editor Troupenas, que sabía la existencia de esta obra, fué á Bolonia para suplicar á Rossini que la refundiese y completase con nuevas piezas, pues había concebido la idea de hacer ejecutar el *Stabat* en el concierto llamado *espiritual* de París.

Rossini aprobó la idea, y sin parecer que daba importancia á la proposición, se puso á trabajar con esmero en la composición, y una vez terminada la envió á su editor. Pronto se habló en París de una nueva obra del autor del *Guillermo Tell*, después de doce años de reposo; lo que fué un acontecimiento. Troupenas, á fuer de buen especulador, supo explotar la curiosidad de que era objeto la nueva producción de Rossini; pues puso en obra todos los recursos para que la curiosidad fuese universal.

Los conciertos del nuevo *Stabat Mater* se sucedieron con rapidez, la muchedumbre compacta acudió á ellos y el poder asistir á sus audiciones se pagó á peso de oro. Al mismo tiempo se publicaron ediciones de la obra en varias formas, y en partituras de orquesta y de piano, con las palabras en latín, en italiano ó en francés. Apenas podía la prensa bastar á la rapidez de la



EXEQUIAS DE ROSSINI. — Aspersión en la iglesia de la Trinidad.



Exequias de Rossini. — El cortejo fúnebre saliendo de la iglesia de la Trinidad.

venta de los ejemplares. En todas partes, así en los salones como en los conciertos y teatros, solo se oía cantar el *Stabat* de Rossini.

El editor Troupenas solo se había propuesto hacer un buen negocio y aprovechar la admiración para el maestro, que el célebre tenor Duprez acababa de reanimar con el talento de que había dado pruebas en el papel de *Arnoldo del Guillermo Tell*; pero al mismo tiempo Troupenas fué, sin saberlo, el mejor médico de cuantos se ocupaban de la salud de Rossini.

En vez de la indiferencia que este grande artista había manifestado con frecuencia en su juventud por sus triunfos, en esta circunstancia dió á conocer el vivo interés que le inspiró el éxito del *Stabat*. Preocupado con el deseo de que el éxito se extendiese por toda Italia, firmó contratos con los principales empresarios de ópera, para la ejecución de su *Stabat*; él mismo eligió los cantores, les enseñó sus partes y á veces asistía á los ensayos. El sentimiento del artista se había despertado; desapareció el fastidio y recobró la salud.

Desde entonces pasó Rossini algunos años felices, hasta que vinieron los acontecimientos políticos de 1848 en Italia. Una antipatía instintiva á las tendencias revolucionarias de su época, era uno de los rasgos característicos del ilustre maestro. Los disturbios turbulentos de que Bolonia fué teatro á la sazón, le disgustaron mucho; lo que no supo disimular, y cuando llegó el caso de apelar á su patriotismo por medio de sacrificios pecuniarios en favor de la revolución, parece que su donativo fué una especie de mistificación que sublevó al populacho contra él; pues tuvo que huir precipitadamente á Florencia y los revolucionarios hubieron de contentarse con quemarle en efígie.

Estos sucesos causaron á Rossini una emoción tan violenta, que su salud se alteró de nuevo y durante su larga permanencia en Florencia sufrió mucho. Entonces resolvió volver á París, donde llegó en 1853, agotadas sus fuerzas, después de un viaje lento y cansado. Su enfermedad tenía el carácter de una afección nerviosa muy intensa con tendencia á la hipocondría. Afectado continuamente con el temor de la muerte, su imaginación necesitaba tranquilidad.

Los cuidados que le prodigaron sus amigos, el afecto que se le manifestaba en todas partes, las visitas de los mejores médicos y el paseo graduado hicieron desaparecer poco á poco los síntomas del mal, y acabaron por curarle completamente. Hallándose otra vez en un centro á gusto de su inteligencia, rodeado de los homenajes que se tributaban á su genio y disfrutando á satisfacción de una vida llena de las seducciones que se encuentran en París, Rossini recobró su buen humor y agudeza, regularizadas por una afabilidad y benevolencia que no dejó conocer en otro tiempo, y que conservó hasta sus últimos días.

Como todos los grandes genios, Rossini ejerció una influencia que no solo se notó en sus numerosos imitadores, si que también en la transformación completa que sufrió la organización musical de su nación. La melodía divinizada por los italianos, tenía para ellos tanta importancia en la escena que no admitían la armonía, sino á condición de que sólo sirviese de simple acompañamiento.

Era preciso que la armonía fuese natural, que las disonancias y transiciones escaseasen; en fin, la pasión de los italianos para el canto imponía la obligación á los instrumentos de sostenerlo sin cubrirlo, y no permitía que les llamase la atención del oído sino en las piezas silábicas de la especie de las llamadas *notas y palabras*. Solo tenía el privilegio de gustar á los oídos ultramontanos la música dulce y patética; el ruido y gritos de la ópera francesa les eran antipáticos.

Bajo estas condiciones compusieron sus óperas todos los maestros para los teatros de Italia, hasta el tiempo de Simon Mary y de Paer. Por duras que puedan parecerles á los compositores de nuestros días, que quizá verían en esas condiciones la degradación de su talento, no fueron obstáculo para que Scarlatti, Leo, Pergolése, Jomelli, Majo, Piccini, Sacchini, Cimarosa, Gaglielmi, Paisiello se elevasen con sus bellas creaciones á la mayor expresión dramática; añadiendo cada uno de ellos alguna forma, encontrando alguna combinación nueva y sobre todo inventando melodías, de las que es mas escaso nuestro siglo.

Tal era el estado de la música dramática y el gusto del público de Italia, á la aurora de la carrera artística de Rossini. Es innegable que á la sazón un novel compositor se hallaba en la alternativa ó de empezar de nuevo lo que ya encontraba hecho, ó de transformar el arte y las tendencias de la nación. Rossini nació para verificar estas transformaciones, pero su obra fué tan completa que aventajó á lo que podía esperarse de un hombre solo. Y en efecto, ¿quién hubiera creído que en menos de quince años hizo que á sus compatriotas les agradase una armonía llena de disonancias y continuamente modulada, que compartiesen la atención entre el canto y las combinaciones de los instrumentos, y que se aficionasen al ruido hasta el punto de no contentarse con una orquesta muy numerosa y de querer en la escena una banda militar, con bombo y cajas dobles?

A esto se vino á parar en Italia en el tiempo que medió desde *Demetrio y Polibio* hasta la *Donna del lago* y *Semiramide*; es decir, desde 1812 hasta 1823. Solo faltaba sustituir los gritos al canto; pero esta gloria no era la de Rossini y estaba reservada á sus sucesores y contemporáneos.

Hombre de gusto y cantor hábil, Rossini se lamentó mas tarde de su obra; y sin embargo, sus innovaciones

habían de llevarle á este resultado, porque las revoluciones no se detienen cuando quieren los que las hacen. Los efectos ruidosos debían llegar á un exceso tal, que el arte del canto solo estuviese en la energía de los pulmones. Rossini se encontró, sin pensarlo, al fin de su carrera, en la situación que en su juventud se encontraron los antiguos maestros que se hallaron en su camino: aquel se reía de las increpaciones de estos, y él mismo increpó á otros á su vez. Pero entre Rossini y los que le han sucedido hay toda la distancia que separa al hombre de genio de la turba de imitadores y exagerados; salva, empero, una excepción, y esta fué Bellini, genio superior, talento poético y corazón tierno y entusiasta que dió otra faz á la música dramática italiana.

Rossini había dicho á sus amigos en su juventud que mas tarde la música de iglesia sería objeto de sus composiciones; sin embargo, parece que renunció á la realización de su promesa, cuando Troupenas se la recordó pidiéndole el *Stabat Mater*. El éxito que tuvo esta obra al estrenarse no ha menguado después de veinte y siete años. Algunos críticos han vituperado el estilo de esta composición, por ser demasiado dramático para la iglesia. Sin embargo, no ha de juzgarse bajo este punto de vista; porque Rossini no se propuso hacer la secuencia de las vísperas de la Santa Virgen, sino servirse del texto para un *oratorio*, ó mas bien para una cantata religiosa, destinada á ejecutarse en los conciertos espirituales. Es cierto que no todas las piezas del *Stabat* tienen el mismo colorido religioso; pero es innegable que algunas de ellas son de una belleza y perfección acabadas, y que en toda la obra reina una originalidad incontestable.

En 1832, Rossini compuso una música que se ejecutó en una casa de campo cerca de París. Hace poco tiempo que compuso otra misa, que creemos ha sido ejecutada últimamente. Algunos años hace publicó una colección de bellas melodías á una ó dos voces, con el título de *Sotres musicales*, y tres coros religiosos titulados *Fe, Esperanza y Caridad*. También compuso varias piezas para piano, conocidas solo de sus amigos.

Rossini fué socio de la Academia de Bellas Artes, del Instituto de Francia, y miembro honorario de un gran número de academias y sociedades musicales: comendador y caballero de muchas órdenes, y uno de los treinta individuos extranjeros de la del Mérito de Prusia.

De algunos años á esta parte recibía ciertas temporadas en su casa á una corta, pero distinguida sociedad, dando reuniones familiares, en las que eran el alma la música y el canto; y tomaban parte en ellas en obsequio al ilustre maestro los artistas músicos mas distinguidos que se hallaban en París.

FETIS.

Revista de París.

No salimos de la necrología: Rothschild y Rossini han ocupado nuestras últimas crónicas, y hé aquí que esta semana nos encontramos con Berryer. La entrada de invierno es bien fúnebre; los grandes lutos se suceden con tal precipitación que apenas hay tiempo para coordinar apuntes y entregarlos á la publicidad con la premura que exigen estas casi simultáneas defunciones. Sin embargo, en cuanto á Berryer no nos extenderemos demasiado, por la razón de que tan eminente personalidad corresponde exclusivamente, digámoslo así, al dominio de la política y del foro.

Berryer no ha querido morir en París. Sintiendo que llegaba su última hora, deseó trasladarse á su posesión de Augerville, donde á los pocos días exhalaba su último suspiro. Tanto es así, que una hora antes de dejar la capital llamó á su amigo y colega M. Marie, quien le encontró en su lecho, absorbido, mas no abatido por la enfermedad: su alma enérgica supo dominar hasta el postrer instante los padecimientos y flaquezas del cuerpo.

En cuanto vió á su amigo, se incorporó cuanto le permitían sus fuerzas, le alargó entrambas manos y con voz conmovida y firme á la vez, le dijo:

— Gracias por vuestra visita; he querido veros antes de morir, porque siempre habeis sido bueno conmigo y os lo agradezco en el alma: abrazadme.

M. Marie se inclinó hácia él, le abrazó tiernamente, y al cabo de una pausa el ilustre enfermo prosiguió con voz mas firme aun:

— Os suplico que seais intérprete de mis sentimientos con todos mis compañeros del foro. Siempre les he sido fiel y mi postrer honor será el de morir siendo decano de nuestra orden. ¡Ay! amigo mio, que ese gran foro sea siempre lo que ha sido hasta aquí, amante del derecho, y que se mantenga firme en su fe, pues en eso reside su poder, su fuerza y su grandeza. De todos ellos me despido...

M. Marie ha hecho públicos estos sentimientos del eminente abogado que ha dado tanto brillo al foro francés, y cuyo nombre vivirá siempre con el recuerdo de las causas políticas mas ruidosas en un largo período de tiempo.

Sabido es que Berryer merecía el dictado de primer orador de la Francia, dictado que le dió Timon en su famoso Libro y que nadie le ha disputado nunca.

«La naturaleza, añade Timon en el retrato magistral del ilustre difunto, le ha favorecido particularmente. No es

alto de estatura; pero su hermoso y expresivo semblante pinta y refleja todas las emociones de su alma. Fascina con su mirada y con su ademán, no menos que con su palabra. Es elocuente en toda su persona. Berryer domina á la asamblea de toda la altura de su cabeza, que lleva echada hácia atrás como Mirabeau, lo que la dilata y la hace mas bella. Se establece en la tribuna, se apodera de la tribuna como si fuera el amo, casi iba á decir el déspota. Su pecho se hincha, su busto se ostenta, su estatura se alarga; parece un gigante.

» Su rugosa frente se anima y cuando su cabeza hierve; cosa extraña! sus poros trasudan sangre. Pero lo mas incomparable que hay en él, lo que le hace superior á todos los demás oradores de la Cámara, es el sonido de la voz, la primera de las bellezas para los actores y los oradores... Sin embargo, Berryer no debe solo su preeminencia al acaso de sus cualidades exteriores, sino que es maestro también en la oratoria... Lo que hace á Berryer superior á todos, es que desde el umbral de su discurso ve como desde un punto elevado el fin á que se dirige. No ataca bruscamente á su adversario: principia por trazar en su derredor diferentes círculos; le engaña con ardides estratégicos; se va acercando poco á poco; le desaloja de puesto en puesto, le sigue, le envuelve, y le estrecha en los temibles lazos de su argumentación. Este es el sistema de los grandes entendimientos.»

Este retrato era exacto cuando se escribió, y los biógrafos actuales acuden á él, porque hasta la última hora no ha dejado de serlo.

Ya hemos dicho que no pensamos relatar aquí la carrera de un hombre que ha llegado á la celebridad por su elocuencia política y forense: su historia está enlazada con la de sucesos que no son propios de estas revistas. Sin embargo, algunos recuerdos nos parecen propios de la crónica.

Así por ejemplo, sabido es que en 1840 defendió al príncipe Luis Napoleon, hoy emperador de los franceses, ante la Cámara de los pares y produjo una sensación inmensa. No hace muchos días se ha publicado la carta que el príncipe escribió á su defensor y cuyo contenido es el siguiente:

«Mi querido M. Berryer: No quiero dejar mi cárcel de París sin repetiros lo agradecido que estoy á los nobles servicios que me habeis prestado durante mi proceso. En cuanto supe que tendria que comparecer ante el tribunal de los pares, se me ocurrió nombraros mi defensor, porque sabia que la independencia de vuestro carácter os colocaba muy por encima de las mezquinas susceptibilidades de partido, y que vuestro corazón estaba abierto á todos los infortunios, como vuestra inteligencia era apta para comprender todos los grandes pensamientos, todos los sentimientos nobles. Os elegí pues, por estimación: ahora me despido de vos con gratitud y amistad.

» Ignoro lo que me reserva la suerte, ignoro si jamás me encontraré en el caso de probaros mi gratitud; ignoro también si jamás aceptarais vos semejantes pruebas; pero sean cuales fueren vuestras posiciones recíprocas, dejando aparte la política y sus desoladoras obligaciones, siempre podemos estimarnos y ser amigos, y os confieso que si mi proceso no tuviera otro resultado que el de granjearme vuestra amistad, creeria haber ganado mucho y no me quejaria de mi suerte. — Recibid, etc., LUIS NAPOLEON.»

Vemos pues que Berryer no solo en el campo legitimista contaba admiradores agradecidos.

Su fama era tal, que hace cinco años mereció una manifestación de todos los colegios de abogados que hay en Francia, los cuales le ofrecieron un banquete para celebrar el medio siglo que llevaba en el ejercicio de su profesión. Esta fiesta se llamó de la Elocuencia, con justo título, y en ella figuraron los bastoneros de toda Francia.

En el año siguiente el foro inglés organizó una fiesta análoga, y el viaje á Inglaterra que con tal motivo hizo M. Berryer fué una verdadera ovación. Esta honra sin igual brillará con eterno esplendor en la historia del célebre abogado.

Berryer ha fallecido á la avanzada edad de setenta y ocho años.

Esta semana se ha publicado el testamento de Rossini, cuyas cláusulas principales habíamos anunciado ya á nuestros lectores: sin embargo, vamos á traducir hoy aquí el texto mismo de la disposición en favor de la Francia, que dice de este modo:

«Quiero que después de mi muerte y la de mi esposa, se funde á perpetuidad en París, y exclusivamente para los franceses, dos premios de á 3,000 francos cada uno, para que se distribuyan anualmente: el uno al autor de una composición de música religiosa ó lírica, el cual deberá consagrarse principalmente á la melodía, tan descuidada hoy; y el otro al autor de las palabras (prosa ó verso) sobre las cuales deba aplicarse la música, siendo perfectamente adecuada á ellas, y en cuyo libretto se observen las leyes de la moral, de que no siempre se acuerdan los autores contemporáneos. Estas producciones se someterán al examen de una comisión especial elegida en la Academia de Bellas Artes del Instituto, la que juzgará cuál de los concurrentes merece el premio llamado de Rossini, que se dará en sesión pública, después de la ejecución de la obra, en el local del Instituto ó en el Conservatorio.

» He deseado dejar á la Francia, en donde he recibido tan benévola acogida, este testimonio de mi gratitud y de mi deseo de que se perfeccione un arte al que he consagrado mi vida. — G. ROSSINI.»

Está entendido pues: un premio de 3,000 francos al compositor inspirado por la melodía, y otro de igual cantidad al escritor que tenga en cuenta las buenas costumbres. ¿No hay en esta disposición cierta ironía á las tendencias actuales de la música y la literatura? De todos modos, la fundación es interesante para el arte, y quizá por esa misma razón, mucho más de lo que podría suponerse á primera vista.

Si en París ha habido manifestaciones en honor de Rossini, la Italia no se ha quedado atrás en esto de demostrar una admiración respetuosa y unánime, por el incomparable genio que acaba de bajar á la tumba.

Los diarios italianos señalan á porfía estas manifestaciones, entre las cuales hay algunas dignas de una mención particular.

Primeramente, el gobierno italiano ha decretado que á costa de la nación se celebre un servicio solemne á la memoria del ilustre maestro, y que se abra una suscripción nacional para erigirle, en Santa Croce, un monumento, cuyo sitio ha ofrecido espontáneamente el municipio de Florencia.

En Milan se ha nombrado una comisión que debe organizar un concierto fúnebre, cuyo producto servirá de base á otra colecta, con el objeto de erigir en aquella ciudad una estatua á Rossini.

Bolonia y Pésaro se proponen también levantar estatuas al gran maestro.

Verdi ha escrito una carta dirigida al editor Tito Ricordi, y cuyo contenido se ha hecho público, en la cual dice ó propone, que los compositores italianos más distinguidos, con Mercadante á la cabeza, compongan un *Requiem* para ejecutarle en San Petronio de Bolonia, en el primer aniversario y todos los siguientes de la muerte del gran músico. Verdi añade que esta misa no debe servir á la especulación ni prestarse á la curiosidad, y que por lo tanto debe estar siempre depositada en los archivos del Conservatorio de Bolonia.

En casi todos los teatros de Italia se coronó el busto de Rossini, como se hizo en París en los Italianos y en la Grande Opera.

Hé ahí las noticias que nos llegan por medio de los diarios musicales.

En la Grande Opera de París la ceremonia fué imponente. Entre el segundo y el tercer acto de *Guillermo Tell*, apareció el busto de Rossini rodeado de las nueve Musas y coronado de laureles. Los artistas principales del teatro y todas las masas corales agrupadas en su derredor, prestaron homenaje al autor de la obra maestra que representaban aquella noche. Habían compuesto unos versos que aplicaron al final del cuarto acto de la ópera, versos verdaderamente inspirados, en los que se dice que si la voz de Rossini ha enmudecido para siempre, su gloria, su inmensa gloria sobrevive y sobrevivirá eternamente. La emoción era grande en el escenario y en la sala, y aquella noche las señoras emplearon sus ramilletes en arrojarlos á la escena, como un postrer homenaje tributado al genio de un compositor cuyos laureles no se han marchitado en tantos años como llevaba ya de voluntario silencio.

En cuanto á las novedades teatrales de la semana, la más notable es un drama de los señores Belot y Nus, que se titula *Miss Multon*, y que ha obtenido en el Vaudeville un ruidoso éxito. La sala estaba brillante: sabíase de antemano que el drama en cuestión, inspirado por una novela inglesa de las que han sido más leídas en estos últimos tiempos, ofrecía un alto interés, y el París de las primeras representaciones no había querido perder la ocasión de aparecer con toda la ostentación propia de ocasiones tan solemnes. Esto es decir que no faltaban por cierto los trajes de Worth y los perfumes de Guerlain en el teatro del Vaudeville aquella noche.

Hé aquí el argumento:

Un marido repudia á su esposa que le ha sido infiel, y la desdichada, que ha debido salir de la casa conyugal, perece en un accidente de camino de hierro en Inglaterra.

El viudo se casa en segundas nupcias, y su nueva esposa cuida á los dos hijos de su primer enlace, como si fuesen los suyos propios.

Más llega el día en que los dos niños necesitan una institutriz, que muy luego se presenta con el nombre de miss Multon, y la cual no es otra que su madre, pues era falsa la noticia de su muerte en el accidente del ferro-carril.

Aquí empieza el drama. La desesperación de esta mujer en presencia de la segunda esposa de su marido, la lucha que entabla consigo misma para no revelarse temiendo que la separen de sus hijos, los remordimientos de su pasada culpa, todo esto constituye escenas conmovedoras que se suceden sin interrupción, hasta que la infortunada se condena por fin á un destierro definitivo.

Una actriz eminente, Mlle Fargueil, desempeña el papel de protagonista con la maestría que sabe dar á todas sus creaciones; los demás artistas la secundan perfectamente y contribuyen á dar al drama un realce que le asegura, si no nos engañamos, un crecido número de representaciones.

A propósito de cosas de teatros, tenemos que decir que se habla mucho estos días de un hallazgo prodigioso, el de un tenor de voz extraordinaria, de diez y siete años de edad, á quien se supone artista consumado, y aquí está el prodigio, — aunque no ha estudiado música.

Las noticias que se tienen sobre el inapreciable hallazgo, son las siguientes:

Es hijo de una aldea de las cercanías de Spa, en Winamplanche, y un dilettante italiano, J. de L., ha descubierto esta maravilla en un paseo solitario, oyendo un « Ranz des

Vaches, » cantado por una voz espléndida y de sorprendente expresión. Dirigirse hácia aquellos acentos melódicos, entablar conversación con el joven cantor, interrogarle sobre su posición y preguntarle si quería ser artista, todo esto fué obra de un momento.

El pastor cantante se llama Calseche, es huérfano y vive con un tutor. El señor J. de L. fué á buscar á este tutor y le propuso una educación completa para su pupilo. El tutor aceptó y firmó un contrato que entrega á Calseche á la dirección artística y moral que se compromete á darle el señor de L. Este dilettante ha hecho oír á algunos inteligentes el tenor y su « Ranz des Vaches » en el salón del Vauxhall de Spa, y todos han admirado la limpieza, la fuerza, la extensión, la gracia y la energía de la voz de este discípulo de la naturaleza.

¿Qué llegará á ser con el estudio? En esto estriba siempre la cuestión del porvenir de las organizaciones naturales.

El bienhechor de Calseche no quiere entregar su propio nombre á la gratitud anticipada del mundo lírico. ¿Por qué? ¿Lo hace por exceso de modestia ó como medida de prudencia? Dentro de dos ó tres años nos contestará Calseche si es que la educación musical le aprovecha, como es de esperar, y como desean los que hace tanto tiempo deploran la falta de nuevos tenores.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

YA VUELVEN LOS PESCADORES.

Ya vuelven los pescadores,
Ya vuelven todos del mar:
Como dispersas gaviotas
Se ven sus lonas allá.

Del sol, que baja rojizo,
El reflejo horizontal,
Sierpes de vívida lumbre
Hace en las ondas brillar.

Hacia una playa que mojan
Juntas el Mersey y el mar,
Tendiendo vienen las velas,
Presurosos á cual más.

Hay quien rasgadas las trae,
Quien aferradas, y aun hay
Quien velas ni mástil tiene,
Que fué crudo el temporal.

De la playa en las arenas,
Costumbre á tal hora ya,
Aguardándoles ansiosas
Algunos niños están;

Cada cual para tornarse
Con el buen padre al hogar,
Y ver cuántos pececillos
Trajo el suyo á cada cual.

Prendida tienen la hoguera
Donde aquellos, al llegar,
A sus miembros arrecidos
Prestan calor y solaz.

Y en tanto el viento la aviva
Y alza el humo en espiral,
Una tras otra las barcas
Véense en la playa atracar.

Volvieron los pescadores,
Volvieron todos del mar;
Menos uno, y ya la noche
Tendiendo sus sombras va.

Ya en torno al fuego los niños
Henchidos de gozo están,
En las paternas rodillas
Guarecido cada cual.

Uno solo aun echa menos
El cariño paternal:
Las historias que comienza
¡Pobre Boy! le hacen temblar.

Taciturno y sin que nadie
Compadezca su ansiedad,
A apostarse va en la playa,
Mira que mira á la mar.

Pececillos y mariscos
Él tan solo no tendrá:
Pero nunca más los tenga,
Como al fin no pierda más.

En torno á la hoguera sigue
La historia del huracán:
El viento al Boy solo lleva
Alguna frase fugaz.

Más ¿de quién hablan? ¿Sus miembros
Sacude temblor mortal!
¡Se ha ahogado uno! ¡qué nombres!
« El irlandés. » « ¡Pobre Jack! »

Sus manecillas se crispan
Como en actitud de orar.
Y á las olas, á las olas
Mira y mira más y más.

Y se van los pescadores,
Se van todos al hogar,
Y él se queda triste y huérfano
En aquella soledad.

En el hueco de una roca
Para él tan solo capaz,
Se sentó por fin rendido
A gemir y sollozar.

¡Qué lúgubre suena el viento,
Y qué lúgubre la mar!
Mas lúgubre es tu esperanza,
Si alguna te queda ya;

Que hay quien vió contra un escollo
Romperse el batel de Jack,
Sin que dél diesen las olas
Ni la más leve señal.

¡Pobre Boy! ¡Cuán diferente
Desde esa peña en que está,
Otras tardes ha aguardado
Al que hoy causa tanto afán!

¡Qué profundo desamparo!
¡Cuán amargo es su llorar!
Y á mirar en vano torna:
Solo ve la oscuridad.

Santa Virgen, de su padre
Culto y genio tutelar,
Recuerda para acudirle,
Recuerda tu soledad;

Pues todos los pescadores,
Todos han vuelto á su hogar,
Menos uno; y si no torna
¿De ese niño, qué será?

En el hueco de su roca,
Sin aliento y fuerzas ya,
A sentarse tornó el niño,
Mas á morir que á aguardar.

En cruz los trémulos brazos,
Doblada al pecho la faz,
El sueño al cabo le rinde,
Mas sin rendir su pensar.

Su dolor está despierto:
Así mostrándolo están
Ayes y frases que brotan
De su pecho á su pesar.

Y según estas, parece
Soñar con el temporal,
Y que está viendo á su padre
Contra las olas luchar.

De súbito lanza un grito,
Despierta á la realidad,
Y al padre á voces llamando
Corre á la orilla del mar.

Un hombre le alza en sus brazos:
« ¡Boy, mi Boy, aquí estoy ya!
» ¿Lo ves? me ha salvado Ella,
» ¡La Virgen, Boy, nadie más!»

Pero el pobre Boy no puede
Mas que gemir y llorar,
Asido convulsamente
Contra el pecho paternal.

Así, camino al albergue
Donde le lloran quizás,
Con el niño entre sus brazos
El pobre naufrago va.

Volvieron los pescadores
Contando por muerto á Jack:
Mas la Virgen vuelve siempre
El irlandés á su hogar.

J. A. CALCAÑO.

Liverpool, setiembre 6 de 1868.

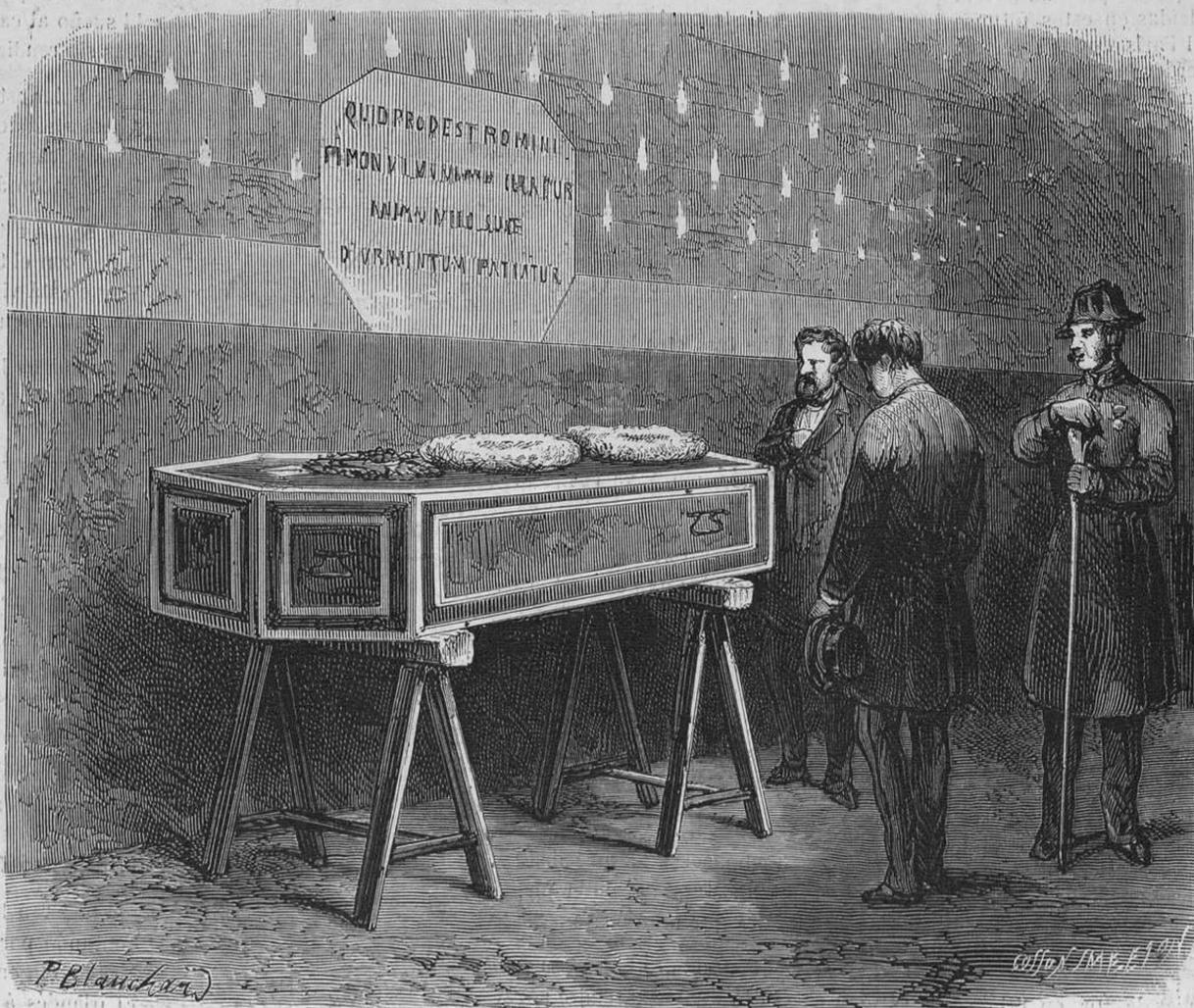


Exequias de Rossini. — Sepulcro provisional en el campo santo del P. Lachaise.

Construccion

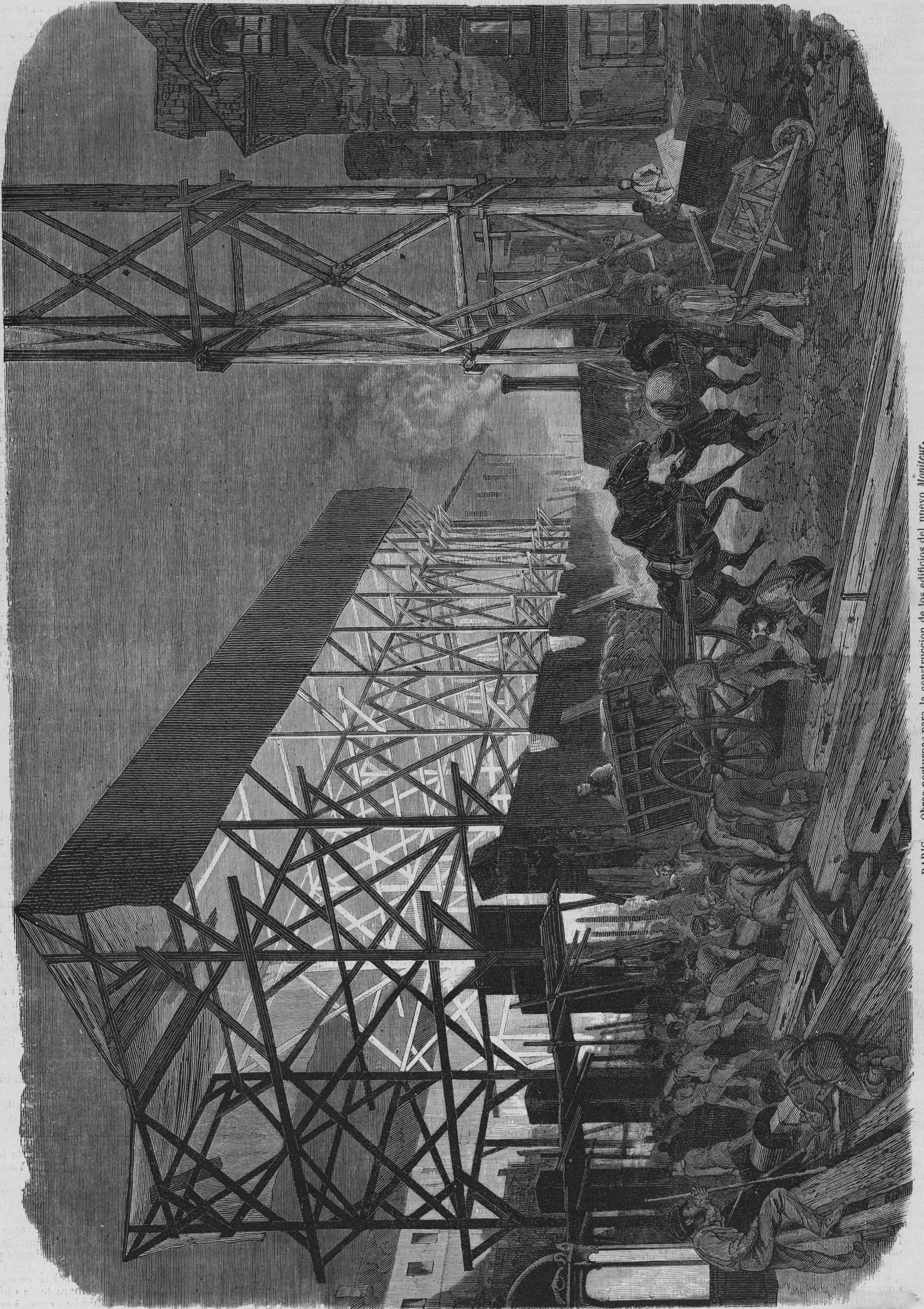
DEL LOCAL DESTINADO A LA ADMINISTRACION DEL NUEVO MONITEUR.

Todo el que pasa estas noches por el muelle Voltaire se detiene á contemplar el espectáculo que representa nuestra lámina. En frente del puente Real se alza una andamiada gigantesca, y á su extremo, del seno de una garita de tablas colgada entre dos maderos, brota una luz que proyecta sus rayos entre las piezas de madera, dibujando en las paredes de las casas contiguas toda clase de fantásticas siluetas é inundando de claridad todo el espacio inmediato. Un ejército de trabajadores se agita ahí sin descanso, unos acarreado sobre un ferro-carril, cal, arena ó ladrillo, otros descargando piezas de hierro, otros corriendo á lo largo de las vigas y de las escalas, en tanto que una máquina de vapor ocupada en hacer la argamasa ó en levantar los materiales, domina con su ruido incesante todos los demás ruidos del trabajo.



Exequias de Rossini. — El féretro de Rossini depositado en las bóvedas de la Magdalena antes de las exequias.

De noche no cesa la obra, que así adelanta como por encanto. Cuando llega la oscuridad encienden la luz eléctrica y las brigadas de operarios se reemplazan. Expliquemos ahora por qué esta prisa para erigir la construcción del nuevo diario oficial del imperio. Hace como dos meses habiendo llegado á su término el privilegio de la sociedad que durante diez y seis años ha impreso el *Moniteur*, se sacó á subasta el nuevo privilegio, que quedó en favor de M. Wittersheim, quien si triunfó de sus competidores fué porque ofreció poner gratuitamente cada día á la disposición del ministro 55,000 ejemplares del *Moniteur* de la tarde, además del número que se exigía ya en el pliego de condiciones. Pero no era todo comprometerse á dar cada día 95,000 números en totalidad, sino que habia precision de prepararse á cumplir la promesa para el 1º de



PARIS — Obras nocturnas para la construcción de los edificios del nuevo *Moniteur*.

enero de 1869. ¿Cómo proporcionarse en tres meses el material necesario para la enorme tirada del diario oficial; cómo improvisar el inmenso establecimiento industrial que representa una empresa tan considerable, cuando había que crearlo todo, hasta el edificio?

M. Wittersheim no se asustó con la obra: buscó el sitio en lugar conveniente, y haciendo de la noche día, tendrá terminada su construcción en tiempo oportuno.

Con efecto, emprendido por todas partes á la vez el trabajo, avanza con una rapidez vertiginosa: el día en que se hizo nuestro dibujo apenas salían del suelo los cimientos y á la hora en que escribimos ya ponen los techos del primer piso. Las piedras llegan cortadas de las canteras; las obras de carpintería y cerrajería se ejecutan simultáneamente, pieza á pieza, en diez talleres distintos; todo se ajusta exactamente, y de este modo se consigue el conjunto con una precisión matemática, gracias á la aplicación de este gran principio que da el secreto de tantas maravillas de la industria contemporánea: la división del trabajo.

También por la división del trabajo puede ejecutarse diariamente, mientras dura la legislatura, en la imprenta del *Moniteur*, ese otro prodigio que consiste en dar cada mañana el contenido íntegro de la sesión de la víspera.

Para comprender la operación hay que tener en cuenta que cada uno de los discursos pronunciados, después que ha sido taquígrafado al pie de la tribuna, debe traducirse en escritura ordinaria, y luego se ha de componer en caracteres de imprenta y se ha de sacar en pruebas; que estas deben leerse y corregirse varias veces; que terminada esta lectura hay que emprender el ajuste; que solo entonces se puede proceder á la tirada de los pliegos; que estos al salir de la prensa deben plegarse y repartirse á los suscritores. Recapitulemos todas estas operaciones sucesivas, contemos el tiempo que cada una de ellas necesita, recordemos en fin que para ejecutarlas no hay mas que de las seis de la tarde á las nueve de la mañana y que la tirada del *Moniteur* de la tarde llega á veces á cuatrocientos mil ejemplares, y tendremos idea de la suma de trabajo que representa ese pliego de papel impreso que se reparte todos los días á los suscritores.

Las prensas estarán en la cueva. Ya están instalados dos generadores de cincuenta caballos cada uno que darán el vapor necesario para ponerlas en movimiento. Habrá cinco de estas prensas que darán cada una 30,000 ejemplares por hora. Luego habrá otras máquinas ordinarias que completarán este servicio.

En los bajos se instalarán las salas de plegado y de cierre, y en el piso principal las oficinas de la contabilidad y la corrección. Por último, todo el segundo piso estará ocupado por una vasta sala de composición en la cual tendrán cabida de 150 á 200 operarios con el material de composición, estereotipia, etc. En torno de esta sala habrá una galería interior de cinco metros de anchura y ocho de altura. Añadiremos que M. Wittersheim ha encargado ya ochenta mil kilogramos de letra, sin contar los accesorios. Estos caracteres de la Fundición General, serán de 180 tipos diferentes.

Vemos pues que todo se ha previsto, y que todo estará pronto para el día prefijado: el entendido arquitecto M. de Beaugrand es el constructor del edificio. Para concluir haremos una mención particular del ingenioso inventor, M. Serrin, cuyas lámparas eléctricas permiten el trabajo nocturno. No es la primera vez que la luz eléctrica se emplea así en París; pero hasta hoy solo había brillado algunas horas. M. Serrin no solo hace que dure noches enteras, sino que por un mecanismo nuevo, ha sabido perfeccionar su invención poniendo la luz al abrigo de las fluctuaciones que la hacían irregular y por consiguiente muy imperfecta.

X.

La tontería.

Una de las condiciones que mas se distinguen en el hombre, es la de vanagloriarse de aquello que menos posee.

De ahí el que suela hacerse tanto alarde de sentido común, sin embargo de ser tan pocos los que se hallen dotados de dicho sentido.

Nosotros estudiamos al hombre en su historia y no en sus declamaciones, buscamos su modo de ser en sus hechos y no en sus teorías, y por mas que lo procuramos, no conseguimos encontrar lo único que pudiera convencernos de que existe en él un átomo de lo que sirve de constante tema á sus prevaricaciones.

Diógenes se empeñó inútilmente en recorrer la Grecia para encontrar un hombre; nosotros hemos cometido la torpeza de hojear día y noche los anales de la humanidad, á fin de cerciorarnos de lo que nunca llegó á adquirir las formas de la evidencia, y el resultado de nuestras investigaciones ha sido el de la triste exposición siguiente:

El *sentido común* es un mito, un fantasma, una de las innumerables aberraciones de la soberbia humana.

Hé aquí la base de que nos hemos servido para levantar este pobre monumento que ofrecemos al público.

La negación del *sentido común* supone una afirmativa, pues no hay pro sin contra, como no hay luz sin tinieblas: esta afirmativa es el obligado de nuestro artículo: la *tontería*.

Si la soberbia es la aguja que marca las horas en el reloj de nuestra existencia, la *tontería* es la aguja que va designando los miembros.

Y tanto es así, que pocos habrá que no tengan que confesarse delincuentes de un millón de tonterías durante su peregrinación en este mundo de miserias.

Adán cometió la *tontería* de dejarse seducir por las tentaciones de la que fué formada de una costilla suya, y desde entonces acá solo parece que esa enfermedad se haya apoderado de los hijos de aquel pecador formando su eterna desdicha, como si hubiese de ser la carcoma del simbólico personaje de la sublime creación de Goethe.

Acabamos de sentir que la *tontería* es una enfermedad, y nos apresuramos á distinguir, agregándola el calificativo conveniente, para que no se la confunda con ninguno de los males que tienen en constante mortificación nuestra naturaleza física.

La *tontería* es una dolencia del alma, que por razón de sus múltiples manifestaciones suele con frecuencia confundirse con las del cuerpo, del cual toma posesión las mas de las veces, como el actor del proscenio, para expandirse en sus representaciones.

Esto nos hace reconocer que sin embargo de su indivisibilidad, se presta á una infinidad de clasificaciones, entre las cuales deben figurar en primer término:

1º Los tontos de la cabeza.

2º Los tontos del corazón.

En la primera de estas dos clases se hallan comprendidos todos aquellos que atacados en la parte mas noble del alma, llegan á canonizarse á sí mismos.

El primero de estos enfermos, segun la tradición cristiana, fué Luzbel, pretendiendo elevarse sobre Dios; segun el paganismo, Prometeo, queriendo arrebatarse el fuego de la inmortalidad.

El número de los que les han seguido es tan incalculable como el de las estrellas del cielo ó el de las arenas de los mares.

Para mayor inteligencia de nuestros lectores, citaremos algunos ejemplos de esos desdichados seres víctimas de tan lamentable enfermedad.

Son tontos de la cabeza:

Los que pretendiendo saberlo todo se exponen á mantener en constante exhibición su ignorancia.

Las desventuradas que pretendiendo hacerse superiores á la naturaleza recurren á los falsos atavíos que han de poner mas de manifiesto su fealdad ó sus desventajas.

Los viejos verdes que pretendiendo burlar la acción del tiempo con los insipientes paliativos de los afeites, logran poner en evidencia su ridiculez.

Los literatos de café.

Los Sénecas de salón.

Los sacerdotes de las modas.

Y otros mil y mil compañeros, si no mártires, martirizadores, que infestan todos los sitios públicos é invaden todos los círculos, ansiosos de no desperdiciar la menor ocasión que les ofrezca un medio de acreditar su tontería.

Para mayor desgracia de los mortales, la *tontería de la cabeza* es una enfermedad que no tiene cura.

Muy distinto sucede con la *tontería del corazón*, contra la cual los modernos hijos de Mercurio han conseguido descubrir algunos antídotos tan eficaces como el del fuego para librarse de los rigores del frío.

Debido á esta circunstancia es seguramente por lo que abundan mucho menos los atacados de esta dolencia, sin embargo de que debieran ser en mayor número, por la sencilla razón que nos obliga á reservarnos el temor de ofender la moral cristiana de la época: baste hacer notar que los Pablos desaparecieron ya de la Tebaida.

Perlenecen á la clase de los tontos de corazón:

Los sabios, que como Galileo se proponen engrandecer la ciencia para recibir en premio un calabozo.

Las Lucrecias, que como la romana tratan de santificar la virtud á costa de una muerte que de muy poco les ha de servir á sus semejantes.

Los políticos, que como Silvio Pellico se afanan en buscar la recompensa en la lobreguez de las cárceles.

Los patricios, que como Scévola llevan su cinismo al extremo de mutilarse la mano que no tuvo suficiente energía para sacrificar al enemigo de su patria.

Los poetas, que como Camoens cambian el fruto de su talento por el óbolo de la limosna.

Los artistas, que como Zurbarán alcanzan á ver premiado su mérito en un hospital.

Y finalmente, todos aquellos que antes de atender á los demás no han tenido en consideración lo que les reclamaba su propio individuo.

Existen como paliativos de esta dolencia, los *desengaños*; como eficaz lenitivo, lo que hoy día ha pasado á ser el ídolo de la conciencia humana: *el egoísmo*.

Advertencia: Las Safos y los Padillas son una especialidad de la clase, que por su decadencia no merecen los honores de llamar nuestra atención.

Epílogo: Los tontos de la cabeza son una calamidad pública.

Los tontos del corazón una calamidad propia.

Aquellos son lo que las harpías de sucias garras que, segun Ariosto, bajaban á ensuciar los manjares de la mesa del rey Senapes; estos, los mártires que, segun las crónicas, se aprestaban á servir de pasto á las fieras de los circos.

Pero el resultado es que todos son tontos.

¡Protesta! exclamarán sin duda la mayor parte de nuestros lectores, sin tomar en consideración que han tenido la tontería de leerlos.

Conste que no somos partidarios de lo absoluto, á pesar de la creencia en que vivimos de que el calificativo *tonto* únicamente debiera ser declinable en la primera persona del presente de indicativo, yo soy tonto, para cuyo convencimiento contribuye el considerarnos uno de tantos.

JUAN JUSTO UGUET.

Una historia que parece cuento.

Lectores, voy á contaros una historia, una historia verdadera.

No me preguntéis cómo la sé, ni dónde ha pasado. Solo puedo deciros que es verdad.

Isabel era hija de un hombre ya viudo y muy rico, que murió siendo ella una niña todavía. Al morir, la confió á un amigo anciano, al que nombró su tutor y en cuyas manos dejó su patrimonio. El tutor de Isabel tenía también una hija de la edad de su pupila, y una estrecha é íntima amistad comenzó luego á reinar entre las dos jóvenes.

Isabel era rica, pero en cambio la naturaleza estuvo con ella poco pródiga en cuanto á perfecciones físicas, mientras que por el contrario María, la hija de su tutor, era un portento de hermosura.

Esto no obstante, para Isabel era para quien se presentaban siempre los parientes.

Un joven llamado Jorge, que acababa de concluir su carrera de abogado y que se mostraba muy asiduo en la casa, fué puesto por el tutor, por María y por la misma Isabel en la línea de los adoradores de la rica heredera. Era un joven cumplido y perfecto, dotado de excelentes prendas, de brillantes cualidades, pero pobre por desgracia, sin mas recursos que su corazón y su carrera.

Jorge llegó á hacer una misma impresión en el ánimo de las dos jóvenes. Isabel le veía con gusto á sus piés, y María, por vez primera, llegó á envidiar á su amiga. Sin embargo, Jorge no había aun dicho una palabra, y de sus labios no había salido un solo suspiro de amor dirigido á Isabel. No por esto creía menos María que las visitas asiduas del joven eran por su amiga.

— ¿Para quién, si no, pueden ser? se decía la hermosa, su amor es de Isabel. Ella es aquí la rica.

Sucedió que María fué á pasar algunos días con una parienta. Jorge continuó sus visitas diarias. Esto solo hubiera bastado para confirmar las sospechas que se tenían, si estas sospechas no hubiesen ya pasado á ser para todos una realidad. Empero, Jorge, que muy frecuentemente se hallaba á solas con Isabel; no se declaraba. La joven, que le amaba en secreto, y que le amaba de corazón, sufría viéndole retardar una declaración tan ansiada y que hubiera colmado sus votos. Varias veces pareció Jorge estar á punto de hablar, pero al llegar el momento, vacilaba, balbuceaba y acababa por no decir nada. Cuando María regresó nada se había aun adelantado.

Isabel en el ínterin se había ido afirmando en su creencia, y había ya llegado al punto de ser el amor de Jorge su vida.

Una mañana recibió una esquila. Conoció la letra del hombre que amaba en secreto, y su corazón latió de júbilo, de esperanza y de amor.

— ¡Por fin! se dijo: esta carta contiene su declaración.

Y la abrió temblando de alegría.

La carta decía así:

«Amiga querida: veinte veces he querido hablar á usted de lo que siento mi corazón, y otras tantas mis labios se han negado á abrirse. Isabel, amiga mía, estoy perdidamente enamorado de María. Ella es mi felicidad y mi vida; sin ella nada hay en el mundo para mí. Sea usted mi protectora, Isabel, sea usted mi hermana, y sea usted por lo mismo el intérprete de mi amor para con ella y para con su padre...»

La carta continuaba, pero Isabel no pudo leer ni una palabra mas. La desesperación y el dolor rasgaron su alma. En un momento vió la pobre joven desaparecer todos los hechiceros sueños de su porvenir.

Isabel formó mil proyectos. Todos, sin embargo, fueron sucesivamente rechazados, y uno solo triunfó.

La joven fué á encontrar á su tutor.

— Vengo á pedirle á usted la mano de su hija María para nuestro amigo Jorge.

El tutor se sorprendió, y, después de haberlo reflexionado un poco, contestó que era imposible.

— ¿Por qué? dijo Isabel.

— Porque Jorge es pobre y mi hija lo es también.

— Se engaña usted, contestó Isabel llevando hasta lo sublime su grandeza de alma, María no es pobre. Yo la do to en la mitad de lo que poseo.

En vano se negó el tutor, en vano hizo reflexiones, Isabel permaneció inflexible y tuvo que aceptar.

Jorge y María se casaron.

Isabel vivía en la casa de ellos, aunque en piso aparte. Se le hicieron varias proposiciones de casamiento, pero todas las rehusó. Había jurado no casarse jamás y cumplió su juramento.

Jorge y María tuvieron varios hijos. Isabel se consagró completamente á su educación. Siempre tenía uno al menos en su casa, y los niños la miraban como á su segunda madre. Para María y para Jorge, Isabel era una hermana querida que todo lo preveía, que todo lo ar-

reglaba, que disipaba las nubecillas que á veces oscurecían por un momento el cielo de su dicha conyugal.

A fuerza de nobleza y de elevación de alma, Isabel llegó á mirar como una felicidad su sacrificio. Había un día amado á Jorge y le adoraba entonces. Por esto era la segunda madre de sus hijos, por esto le había colmado de felicidad realizando su deseo, por esto, á costa de su primer amor, le había dado el amor de María. Jamás, durante quince años, llegó á desmentirse una vez sola, jamás dejó hablar alto á su corazón, jamás dejó traslucir ni un átomo de su amor, jamás, en fin, llegó ni á alegrarse siquiera de una querrela ó de un momento de frialdad entre los dos esposos. Supo sacrificarse, pero sacrificarse por completo: supo amar, pero amar sin esperanza, sin porvenir, sin deseos. Supo en fin, ser grande, sublime, mártir.

A los quince años Jorge murió. Bajó al sepulcro sin saber que existía una mujer que había sabido sacrificarse por su felicidad. Isabel lloró á Jorge toda su vida.

María murió también al poco tiempo. Isabel la hizo enterrar junto á su marido y quedó la única madre de los hijos de Jorge.

V. BALAGUER.

Excursiones escolares en Suiza.

(Conclusion.— Véase el N.º 827.)

Al otro día se oye el toque de diana antes de la aurora, y la gente prosigue su marcha con un ardor que desafía al calor y á la fatiga. Cuando en el itinerario del viaje se hallan poblaciones de importancia se les pide hospitalidad como hace la tropa; en estos casos los colegios y sus profesores salen al encuentro de los excursionistas con tambores, músicas y banderas, y como entre suizos reina muy luego la fraternidad bajo la cruz de la bandera y de la patria, las horas pasan rápidas y alegres con sus episodios de toda clase y su correspondiente enseñanza. Se visitan los monumentos y los museos, donde se suceden las explicaciones; luego los arsenales, las fábricas, las colecciones particulares y cada cual estudia, admira, pregunta y toma apuntes.

En los banquetes que siguen á estas visitas, los discursos patrióticos recuerdan bajo todas las formas posibles los famosos lemas del país: *La unión hace la fuerza*. — *Para la patria nuestras palabras y nuestras acciones*. — Así el joven aprende la glorificación de las virtudes cívicas, y el culto del heroísmo y el amor á las instituciones nacionales. Y esas poblaciones hospitalarias cuyo recuerdo no se borrará en los corazones de los excursionistas se llaman Grandson, Yverdon, Estavayer, Payerne, Morat, la Chaux-de-Fonds, Porrentruy, Delemont, Soleura, Friburgo, etc.

Todos estos sitios, que son célebres por su historia, dan lugar á interesantes lecciones. No podemos pasar en silencio las que los jóvenes oyeron en los campos de batalla de Grandson y de Morat.

Este año los jóvenes dirigían su excursión anual hacia el cantón de Friburgo, con intención de subir al Moleson, el gigante de los Alpes en esta comarca. Habiendo salido una mañana del mes de julio de Neuchâtel en vapor llegaron una hora después á Morat y se formaron en batalla bajo las antiguas murallas en que se estrellaron los cañones del rey Carlos y su formidable ejército. En el camino hay dos visitas forzadas, una al tío gigantesco de Villars-les-Moines, bajo el cual los jefes confederados se reunían de noche para discutir las operaciones militares que debían llevar á buen término.

Mas lejos y á corta distancia de la aldea de Cressier, hay una capillita en medio de los campos, y en el sitio que ocupa, el 22 de junio de 1476 el ejército suizo cayó de rodillas para implorar el auxilio divino, antes de comenzar la gloriosa batalla que debía abatir para siempre el poder del invasor del siglo XV. Aquí naturalmente, conferencia histórica. Los jóvenes, conmovidos con tales recuerdos, no abandonan ese suelo sagrado sin jurar tres veces como sus antepasados que todos están dispuestos á derramar su sangre, si la patria la necesita.

Estas lecciones fortalecen á la juventud y todos emprenden animosos la marcha; el sol es fuerte, el camino largo... muy largo; pero nadie se queja; ¿quién podría quejarse después de tan generosas y saludables emociones?

Hé aquí Friburgo, la ciudad pintoresca por excelencia, suspendida sobre un precipicio, por cuyo fondo corre el Sarine, sombrío y tumultuoso, Friburgo, que Alejandro Dumas ha pintado tan bien con las siguientes palabras:

« Toda esa ciudad, dice, parece resultado de una apuesta hecha por un arquitecto calavera después de un banquete. »

La música del colegio sale al encuentro de los jóvenes, que pasando por un dédalo de plazas y de calles, llegan á los puentes colgantes para volver á bajar á la ciudad baja, donde les esperan los alojamientos. — Banquete, paseos y obsequios de la ciudad, con un magnífico concierto de órgano en la catedral.

Al otro día la columna se pone en marcha al despuntar la aurora: aquí concluye la llanura y principia el país montuoso; los dos elementos luchan aun; sin embargo, la llanura triunfa, pero accidentada, cortada con arroyos y barrancos, y sigue así hasta Gruyère. El

verde valle del Sarine está sembrado de aldeas perdidas entre los árboles de las huertas, y cada uno de los nombres de estos lugarcillos es un poema: Marly, Illens, Praroman, Arconciel, Hauteville, etc. — Bulle está de fiesta, el cañon retumba á lo lejos, la Gruyère inaugura un ramal de ferro-carril que, dirigiéndose á Romont, le pone en comunicación con la línea de Lausana, Friburgo y Berna. Es una fiesta que cae en otra fiesta; así es que las horas que se pasan en Bulle son mas animadas que las otras.

El antiguo castillo de los condes de Gruyère domina la llanura: es el *burg* de la edad media con sus murallas, torres y fosos y puentes levadizos, y la población vasalla está hoy triste y abandonada. Una hora se tarda en llegar desde Bulle. Todo un mundo de recuerdos y curiosidades arqueológicas y artísticas espera á los visitantes; pero no tenemos espacio para hablar de esto.

Sigamos la marcha de los jóvenes excursionistas. Ha llegado la noche y tomando los senderos que corren por en medio de los prados, caminan bajo los árboles frutales que crecen sobre el contrafuerte de Moleson, hasta que desembocan en una planicie para llegar por fin á las paredes de un antiguo edificio de aspecto siniestro, la *Part-Dieu*, antiguo monasterio de la orden de cartujos, suprimido en 1848 y convertido en granja, donde los jóvenes pernoctan en camas de heno.

Se acuestan á las diez, y á las doce el toque de diana les despierta. Es que la cumbre del Moleson está á cinco leguas y que para ver salir el sol, preciso es levantarse y arrostrar el frio excesivo de una noche sin luna, por un estrecho sendero lleno de precipicios. Los guías se ponen á la cabeza de la columna, y los jóvenes marchan detrás maquinalmente y sin decir palabra. Los altos son frecuentes, pero nadie se sale de la fila; los guías arrojan á voz llena en el silencio de la noche las notas sonoras del *Ranz de las vacas*, poesía popular en dialecto de Friburgo, que hace largo tiempo atravesó las fronteras de los Alpes.

Los jóvenes llegan al rayar el alba á la casita rústica de Pliané, é invaden todas las fiestas, principalmente la espaciosa cocina donde unos montañeses hercúleos se ocupan en hacer ese famoso queso que ha dado á la Gruyère una reputación europea. Agrúpanse en torno de una chimenea donde arde una hermosa lumbre, y todos armados con cucharas de madera, van sacando de los cubos esa leche humeante y aromática que tanto les gusta á los excursionistas alpestres.

El tiempo está cubierto, no se podrá ver la salida del sol y por lo tanto es inútil apresurarse: dos horas de alto, darán á los mas jóvenes de la partida las fuerzas necesarias para preparar hasta aquella cima pedregosa y pelada que se distingue en lejananza.

Hé aquí aun algunos árboles raquíticos, secos, perdidos entre las pardas rocas; pero cesan de repente y comienza el prado alpestre con su flora perfumada, de tonos vivos y variados. Aquí cuevas escarpadas, combas gigantes, torrentes, placas de nieve en medio de las flores, luego la peña pelada; la marcha es lenta, penosa, hasta dolorosa, no obstante las muchas paradas que se hacen para recuperar las fuerzas.

No tardan mucho en oírse los hurras: son los mas osados de los excursionistas que han llegado al punto culminante y agitan la bandera. Esto reanima á los rezagados, que van llegando unos detrás de otros.

La cumbre del Moleson es una superficie de solo algunos pies: por un lado está la roca abrupta, y por el otro una escarpada cuesta; desde ese punto la vista abraza un inmenso espacio, los Alpes con sus nevadas cumbres, conjunto vertiginoso de picos azulados por la distancia; el Jura y los lagos de Ginebra, de Neuchâtel, de Brienne y de Morat.

— ¡Oh, qué hermoso! ¡qué hermoso! ¡Parece un sueño!...

Decía Byron en 1816 cuando llegó á la cima del Moleson; también los jóvenes experimentan este entusiasmo, del que por cierto no se libra ningun viajero.

Ayer por la noche había hogueras que iluminaban las puntas de los montes de la Gruyère y aquí encontramos un brasero inmenso encendido desde la víspera; todos le rodean, pues el viento es recio y se lleva las notas de los clarines que ejecutan á 2,000 metros sobre el nivel del mar los himnos mas patrióticos de su repertorio.

La juventud es poco contemplativa, se cansa pronto de las paradas y toda evolución en ese pico podría producir caídas. Empréndese pues la bajada, que tiene efecto por la Tremetta, los prados de Zuatsau y la garganta del Evi, bajada de cuatro horas por sitios que á cada paso detendrían á un artista. Aquí aparecen de nuevo las cuevas alfombradas de yerba, por donde se puede correr á gusto; allí se ven peñascos trastornados donde crece la rosa de los Alpes; y luego hay torrentes y luego selvas que se hacen mas densas cuanto mas se acercan al llano.

En Montbovon la gente pide descanso, y á las cinco de la tarde, después de haber comido y cuando el sol inunda todavía el paisaje con sus rayos, cada excursionista corre al monton de paja sobre el cual ha de pasar la noche.

Concluimos con la ascension al Moleson, observando sin embargo, que el regreso á Neuchâtel se efectúa por el cuello de Saman, Montreux, Chillon, el lago Lemán, Vevey y Lausana. No hemos hecho mas que indicar brevemente la naturaleza y objeto de las excursiones escolares, llamadas sin duda alguna á tomar un desarrollo general que ha de ser provechoso sobremanera.

A. B.

Resultado de las observaciones

DEL ECLIPSE TOTAL DE SOL DE 1868.

Sabido es que en el mes de mayo último la atención del mundo científico se dirigió hácia los preparativos de la observación de un eclipse total de sol, que debía tener lugar en el Indostan, el Océano Indico, la península de Malaca, las Celebes y Nueva Guinea, extendiéndose así sobre una longitud de tres mil leguas recorridas por la sombra lunar en tres horas y veinte y cinco minutos. La Inglaterra y la Alemania escalonaron sus astrónomos á lo largo de la indicada línea, y particularmente en el Indostan. M. Duruy, ministro de Instrucción pública en Francia, pidió al Cuerpo legislativo un crédito de 50,000 francos, destinado á cubrir los gastos de la expedición francesa, la cual se instaló en la estrecha península de Malaca, junto á la gigantesca planicie de sus montes.

La observación de un eclipse total de sol tendrá en la ciencia una alta importancia, en tanto que no conocamos completamente la naturaleza física y química del sol. ¿Quién sabe si nos es dado conocerla nunca! Con efecto, cuando la luna viene á colocarse delante del radiante disco, espárese en la atmósfera una sombra muy útil, al mismo tiempo que esconde á nuestros ojos el cuerpo radiante del astro para dejarnos ver sus regiones circunvecinas. En el estado ordinario, la luz del sol que eclipsa cuanto la rodea, nos impide examinar la atmósfera que al parecer rodea á ese astro, y solo en el momento de los eclipses totales, nos ofrece la naturaleza las condiciones necesarias para observar tan importantes regiones.

Acabamos de recibir los documentos de las observaciones que han hecho este año las diferentes comisiones enviadas para ese estudio, y entre ellos citaremos particularmente los que siguen:

Las observaciones hechas á bordo del *Labourdonnais*, vapor de las Mensajerías imperiales, que iba de Madras á Calcutta, bajo el mando de M. Rapatel; — las que por invitación de la oficina de Longitudes mandó hacer la misma compañía en Aden (isla Sarah); — las del comandante Rennoldson, hechas á bordo del buque inglés el *Rangoon*, situado en el Océano Indico, sobre la línea central; — las de la comisión alemana en Aden; — las de la comisión francesa del Observatorio de París, en la península de Malaca; — y última y principalmente, las observaciones hechas sobre la naturaleza de las protuberancias solares, por M. Janssen, enviado de la oficina de Longitudes de Juntoor (Inglaterra).

Desde 1706, y mas especialmente desde 1842, se habían observado durante los eclipses totales de sol en el rayonamiento dorado, que queda siempre como una corona, y adyacentes al contorno del disco negro de la luna, unas *protuberancias* encarnadas que se elevaban aquí y acullá como gigantes montañas, gigantes, en efecto, pues durante el eclipse de 1860, se midió una de ellas que tenía 17,860 leguas de altura. Las unas afectan la forma de picos dentados que se alzan verticalmente á esa prodigiosa elevación, y las otras parecen masas enormes tendidas á lo largo del borde. Se han observado y fotografiado algunas que, llegadas á cierta altura, se encorbaban de repente formando un codo. Aparecen en el momento en que se eclipsa el último filete luminoso del sol, y allí mismo donde el borde oriental del sol acaba de eclipsarse bajo el disco de la luna. En el lado opuesto, es decir, hácia el borde Occidental, no se ven todavía las protuberancias, y solo comienzan á distinguirse las cimas. Estas observaciones han patentizado que las tales protuberancias no pertenecen á la luna, sino al sol; que no pueden ser montañas sólidas, en razon á sus formas y variaciones, y que deben ser nubes ó vapores en suspensión en una atmósfera inmensa que envuelve al sol á la altura de un décimo de su diámetro, teniendo por consiguiente de 35 á 40,000 leguas de elevación. Algunas de estas protuberancias se han visto aisladas de la superficie y colgando.

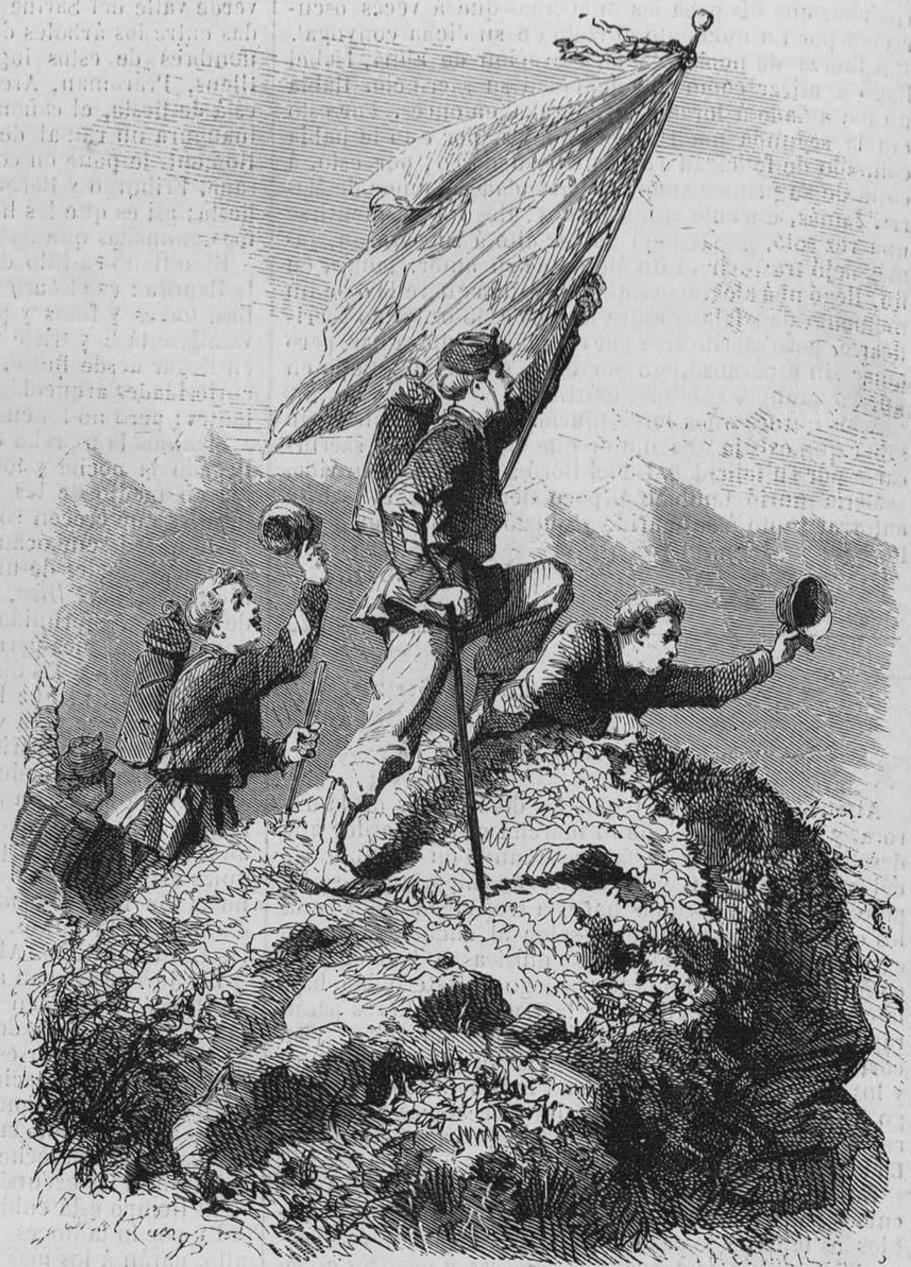
Además de las protuberancias que evidentemente corresponden al mundo solar, se observan también mas allá de la aureola que rodea al astro radiante, inmensos radios de luz que deben ser fenómenos ópticos, para cuya explicación debe apelarse sin duda á la atmósfera terrestre y á la difracción de los rayos solares sobre la luna que los intercepta.

Nuestra figura número 1 representa el dibujo al pincel hecho inmediatamente después del eclipse, y copiado de un croquis trazado durante el mismo eclipse por el comisario del *Labourdonnais*, M. Henry. En este dibujo se observan principalmente cuatro inmensos radios de luz, cortados á ángulo recto, radios observados ya durante el eclipse del 18 de julio de 1860, y que no parecen explicables sino por un fenómeno de óptica. El lugar de esta observación hecha á bordo del citado vapor, es 15° 51' de latitud Norte, y 81° 19' de longitud Este; la hora del principio del eclipse total es 16^h 24^m 32^s (tiempo medio de París); la del fin del eclipse 16^h 39^m 29^s. La totalidad duró pues cerca de 5 minutos (4^m 57^s). Las protuberancias B y C aparecieron á 26^m 37^s; la protuberancia A á 29 minutos.

A medida que la luna se adelantaba sobre el sol, dice el informe de M. Rapatel, la luz disminuía gradualmente, y cuando ya no quedaba mas que un filete de sol, todavía eran muy pronunciadas las sombras. La luz era muy suave, y el horizonte parecía iluminado como



La ascension al Moleson.



Llegada a las cumbres del Moleson.



Un concierto en la cumbre del Moleson.



La bajada del Moleson.

CH. ROD.

114

121

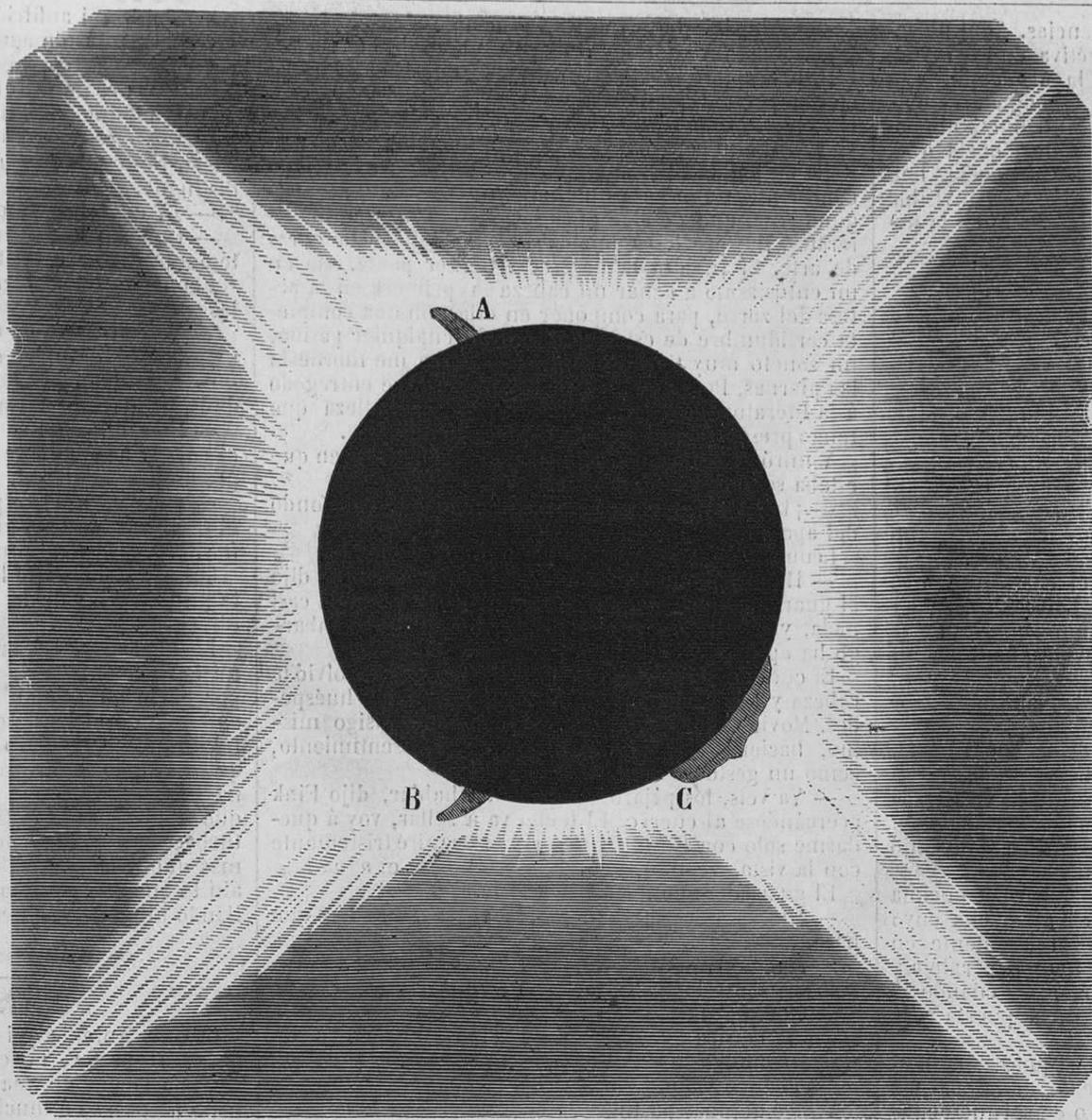
por un fuego de bengala verde oculto. Por fin, el último filete de luz desapareció, un grito de admiración salió de todas las bocas, y durante cerca de 5 minutos disfrutamos de un espléndido espectáculo. La aureola nos presenta largos rayos rectilíneos... Nos engañamos un poco en cuanto a la oscuridad, pues el cielo estaba coloreado como con la luz del alba. Constantemente se pudo leer y dibujar, pero no había sombra, y así que el eclipse fué total, todo el mundo distinguió tres estrellas, aunque la atmósfera era brumosa. El fin del eclipse total se anunció de repente a todas las miradas por la aparición de una sábana de luz de un violeta magnífico que apenas duró 2 segundos, y que precedió al disco del sol, luz que nos obligó a tomar de nuevo los vidrios pintados. Ya no había protuberancias. La inundación de la luz solar apareció desde luego con toda su intensidad. El barómetro permaneció insensible, el termómetro bajó un grado, y además se observó un rocío sobre el bruído del borde. Un haro de 15 metros de radio apareció en el momento del primer contacto; desapareció en la totalidad, y apareció otra vez para desvanecerse en el postrer contacto.

Añadiremos dos palabras sobre el efecto que produjo el eclipse en los animales. Un mono, los loros, las gallinas y los gansos demostraron el mayor terror por sus movimientos desordenados y sus chillidos; un perro que estaba atado se escondió bajo un monton de heno, y al volver la luz los gallos se pusieron a cantar como al amanecer.

Entre los dibujos enviados de Aden por M. de Crety, elegimos el que viene inmediatamente despues de la totalidad. En Aden, el cielo encapotado se opuso a la completa observacion del eclipse; pero sin embargo, pudieron sacar siete croquis, y lo que mas nos sorprende en ellos, es ver *sobre la luna* tres protuberancias que, segun dice el informe, siguieron constantemente al disco lunar. Preciso es que en estas observaciones haya habido una ilusion óptica constante, pues de no ser así, anularian centenares de observaciones hechas en todas partes sobre esos objetos especiales. A favor de un claro, y cuando el sol habia pasado ya un tercio del disco de la luna, « observé, dice el autor, tres protuberancias luminosas sobre el borde de la luna, débilmente alumbradas, que parecian cumbres de montes bañadas por el sol levante. Un cuarto de hora despues, cuando el sol habia pasado a la luna los dos tercios de la circunferencia, las mismas protuberancias luminosas se observaron mas claras y destacándose mejor del disco lunar; sus cumbres tienen el aspecto del metal en fusion. Otro cuarto de hora despues, la protuberancia de en medio habia disminuido en altura, la de la izquierda estaba muy alumbrada en su cima y sobre su parte derecha, etc. »

Nos es imposible explicarnos en manera alguna semejante observacion; sin embargo, la damos con un dibujo (fig. 2); ¿quién sabe si otros observadores no habrán visto algo semejante en el limbo lunar?

Nuestra figura 3 representa uno de los dibujos hechos sobre la línea central del eclipse por el capitán inglés del *Rangoon*, que se dirigia a Bombay. Este dibujo se sacó minuto y medio despues del principio de la totalidad. Una larga llama roja, que tenia como unos 5 minutos de ar-



Eclipse total de sol del 18 de agosto de 1868. — Fig. 1.

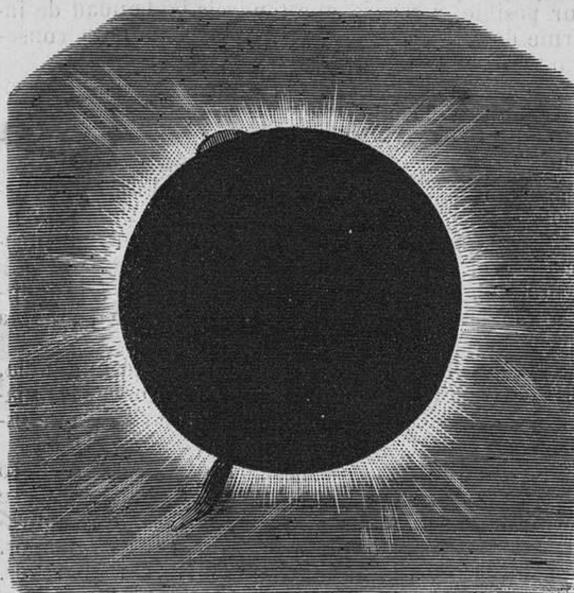


Fig. 3. Dibujo tomado en el Océano sobre la línea central.

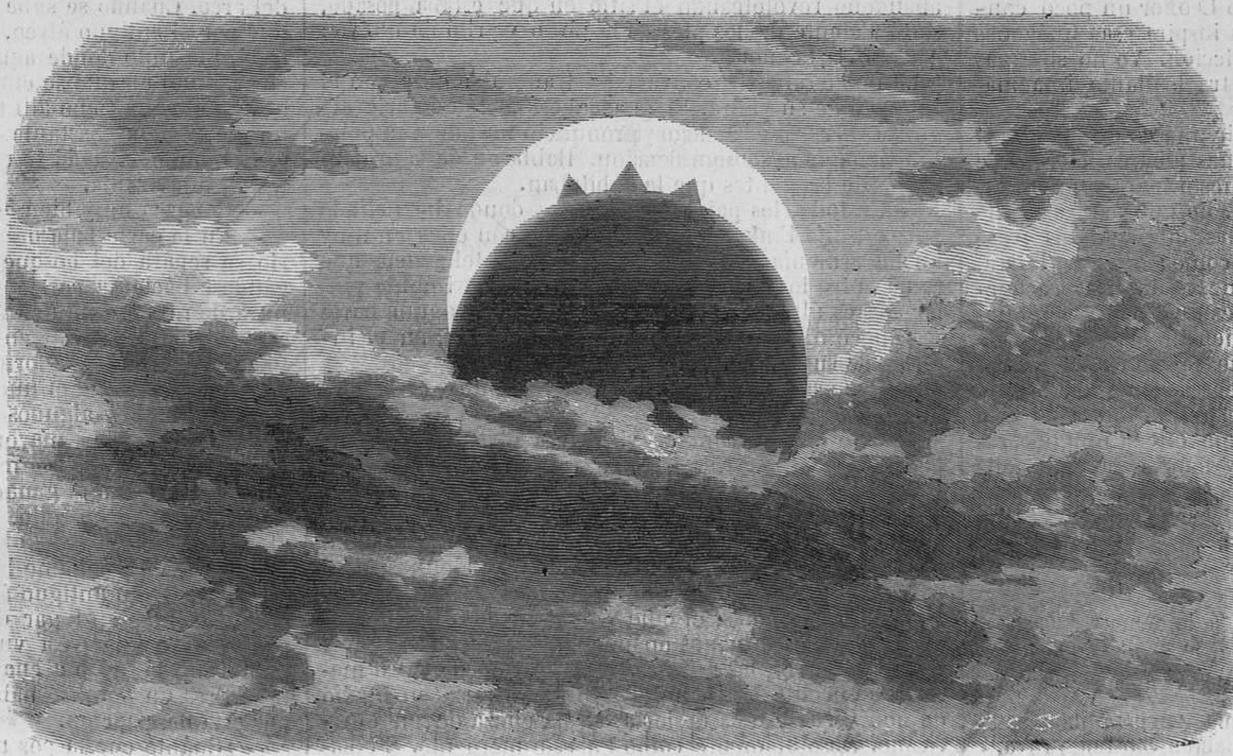


Fig. 2. Dibujo tomado en Aden durante el eclipse.

co, está visible en la parte inferior del disco, hacia la izquierda, y una protuberancia, encarnada tambien, se distingue hacia la region superior. Traduciremos de la descripcion del capitán estos párrafos elocuentes: « El globo negro de la luna se destacaba del fondo luminoso como un singular relieve. Pero el punto mas bello del espectáculo fué la reaparicion de la luz. El astro radiante deja asomar de repente una magnífica media-luna de color violado. Aunque esta aparicion fué repentina, mágica; sin embargo, la llegada del rey del día, su victoria sobre la noche se cumplió con toda la majestad y regularidad de los movimientos celestes: era una armoniosa combinacion de gracia, energia y grandeza. »

La expedicion alemana se aplicó a sacar fotografías del eclipse en sus fases sucesivas. Por el informe del doctor Vogel, vemos que la imagen principal del eclipse total presenta en la region noroeste una serie continua de protuberancias. Por el otro lado al nordeste, hay un cuerno extraño que mide la 14ª parte del diámetro del sol, lo que hace 12,000 leguas.

El capitán Parkins, a 16° de latitud Norte y a 51° de longitud Este, se extiende en su informe sobre la claridad del eclipse parcial.

La luz proyectada por la media luna solar, que tenia de anchura una 16ª parte del diámetro del astro, era de un aspecto siniestro: las olas del mar parecian plomo líquido, y una palidez sepulcral se extendia sobre la naturaleza.

Pero aun no hemos hablado de las expediciones francesas y del resultado tan curioso é importante que han tenido, sobre todo una de ellas, relativamente a la naturaleza de las famosas protuberancias.

Sabido es que un nuevo método científico que lleva el nombre de *análisis espectral*, permite estudiar los rayos luminosos que bajan de un astro, y conocer los elementos químicos principales que constituyen este astro, aunque nos separen de esas lejanas creaciones millones de millones de leguas.

Hoy sabemos cuáles son los metales, los líquidos y los gases que existen en el sol, en Sirius, en la estrella polar, etc.

Ahora bien, por una aplicación de este método, M. Janssen acaba de descubrir cuál es el elemento que constituye las protuberancias solares; es el gas hidrógeno. Este elemento se inscribe por si mismo en líneas visibles en el anteojo espectral, y de ello resulta una consecuencia maravillosa, a saber: que ahora se pueden observar las protuberancias solares en todo tiempo y sin necesidad de eclipse para verlas.

El feliz éxito de este ingenioso método es enteramente nuevo, y se debe a M. Janssen; pero en cuanto al método, fué dado hace ya dos años por un astrónomo inglés, M. Norman-Lockyer, en una Memoria que comunicó a la Sociedad real el 11 de octubre de 1866, con este título: *Observaciones espectroscópicas del sol*. Y no se limitó a indicar el método, sino que le puso en práctica.

Al saber la noticia del descubrimiento de M. Janssen, M. Lockyer y otros observadores pudieron, paseando el espectroscopo a lo largo de los bordes del sol, hacer aparecer en la imagen prismática del cuerpo solar, las de las protuberancias, y reconocer así su composición química, su posición, extensión y color.

Estas coincidencias

no son raras en la historia de las ciencias. Aquí no sería difícil determinar la parte respectiva de los inventores. Pero como dijo M. Faye en la Academia, «en vez de repartir, y por consiguiente amenguar el mérito del descubrimiento, ¿no vale más atribuir indistintamente su honra á los dos hombres de ciencia que, separadamente y á muchas leguas de distancia, han tenido la suerte de abordar lo intangible y lo invisible por la vía más asombrosa quizás que el genio de la invención haya concebido nunca?» C. F.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

Los perros ladraban con furor en el corral, el zorro hacia sonar la cadena y la alondra saltaba á un lado y otro de la jaula, indicando al parecer que quería tomar parte en el estrépito y barullo promovido abajo por los señores perros.

— ¡Quieto, Héctor! ¡Calla, César! gritaba Leonor llamando á la puerta.

Los aullidos se cambiaron en ladridos de alegría. Cuando abrió la puerta, el podenco César se lanzó á su encuentro moviendo la cola. Héctor saltaba en derredor suyo oliéndole los bolsillos. El zorro se refugió en el fondo de su jaula, apoyó la cabeza en la estera y fijó en Leonor sus penetrantes ojos.

Pero al otro lado del vallado vió aparecer por encima de los pinos la cabeza de un caballo. La persona cuyo encuentro quería evitar se hallaba precisamente en aquella soledad. Permaneció algún tiempo perpleja y estaba á punto de retirarse sin decir nada, cuando el guardabosque apareció en el umbral de la puerta y la saludó.

Ya no había medio de retroceder. Así pues, siguió al guardabosque á su habitación en medio de la cual vió á Fink, cuyo rostro iluminaba un rayo de sol que penetraba á través de los pequeños cristales de la ventana. Fink salió cortésmente al encuentro de Leonor y le dijo indicando al guardabosque:

— Yo había salido para entablar conocimiento con la caza, estaba hablando con vuestro valiente vasallo y examinaba su misteriosa estancia.

El guardabosque adelantó una silla, Leonor se vió obligada á sentarse, y Fink, enfrente de ella, apoyado en el tabique la miraba con una admiración que no trataba de disimular.

— Formais un contraste chocante con este buen anciano y con esta sala, dijo mirando en derredor. Os ruego que no agiteis vuestra sombrilla. Todos esos pájaros rellenos de paja no aguardan más que vuestras órdenes para recobrar la existencia y humillarse á vuestros pies. La garza real que está allá abajo empieza ya á mover la cabeza.

— Eso es efecto del reflejo del sol, dijo el guardabosque como para tranquilizar á Fink.

Leonor no pudo menos de sonreírse.

— Vos podeis decir lo que querais, ya sabemos el valor que se puede dar á esas excusas, exclamó Fink. Estais tambien en el complot. Reconozco en vos al genio de esta reina. Si no se hacen aquí sortilegios, consiento en dormirme para no despertar jarmás. No se necesita más que un pequeño movimiento de esa varita para que salten las vigas de esa jaula y vayais á visitar el sol con todo vuestro cortejo. Es muy cierto que vuestra residencia está señalada allá en los pinos, aérea bóveda donde se eleva vuestro trono, ¡poderosa soberana de estos lugares, bella diosa de la primavera!

— Lo que me tranquiliza, dijo Leonor un poco confusa, es que no soy yo quien os inspira esas imágenes sino es el mismo encanto de la ficción. Yo no soy más que un objeto casual para vuestra brillante imaginación. ¡Sois poeta!

— ¡Diantre! ¡cómo podeis decir una cosa semejante! ¡Yo poeta! á excepcion de algunas alegres letrillas de marinero que no se han compuesto para que vos las oigais, no sé ni una sola canción. Lo que yo más estimo en clase de poesía, no son más que algunos fragmentos de la escuela antigua, como: Hurra, hurra, hop, hop, hop, de una balada que, si mal no recuerdo lleva vuestro nombre (1). Y este verso clásico, añadiré todavía que expresa mas bien el pesado trote de un caballo de labor que el galope fantástico de un caballo aéreo. Sin embargo, es necesario no ser tan escrupuloso como los poetas de estudio. Fuera de este verso que os acabo de citar, no me queda ninguna reminiscencia poética. Tal vez hay todavía la rima feliz de nuestro gran Schiller.

« ¡Potz Blitz! das ist ja die Gustel von Blassewitz (2). » Hay en este pasaje mucha verdad.

(1) El autor hace aquí alusión á la famosa *Leonor* de Burger, en la cual hay este verso:

Die Todten reiten schnell (Los muertos andan de prisa).

(2) ¡Mil rayos! ¡es por vida mia Augusta de Blassewitz! Schiller hace un juego de palabras con Blitz, rayo, y Blassewitz, que agita el entendimiento, que da talento.

— Os burlais de mí, dijo Leonor algo picada.

— Os aseguro que no, protestó Fink. Si esto os divierte, yo aceptaré gustoso todavía algunas bagatelas de ciertos poetas, dejando siempre sentado que los leo raras veces. ¿Cómo puede uno en nuestros tiempos leer versos ni aun componerlos, cuando la vida en sí está llena de poesía? Desde que he vuelto aquí, al antiguo continente, no se pasa una hora sin que vea ó oiga alguna cosa, que de cien años será el encanto de los literatos. Hay preciosos objetos para toda especie de obras de arte. Si tuviera la desgracia de ser poeta, iría en mi entusiasmo á echar mi cabeza la primera en la artesa del zorro, para componer en ella, con una completa certidumbre de estar al abrigo de cualquier pasión, un soneto muy tierno mientras el zorro me mordería las piernas. Pero como yo no soy un hombre entregado á la literatura, prefiero gozar aquí con la belleza que tengo presente, en lugar de expresarlo en verso.

Y miró de nuevo con admiración á la bella jóven que estaba sentada enfrente de él.

— ¡Leonor! gritó una voz chillona desde el fondo del aposento.

Leonor y Fink se miraron sorprendidos.

— Ha aprendido á pronunciar vuestro nombre, dijo el guardabosque señalando al cuervo. No aprende casi nada, y está furioso contra todo el mundo. Sin embargo ha aprendido á llamaros.

El cuervo, encaramado cerca de la chimenea, volvió la cabeza y fijó su penetrante mirada en los dos huéspedes. Movió el pico, y al parecer hablaba consigo mismo, haciendo tan pronto una señal de asentimiento, como un gesto de desaprobación.

— Ya veis, los pájaros empiezan á hablar, dijo Fink acercándose al cuervo. El techo va á saltar, voy á quedarme solo con Héctor y César y os seguiré tristemente con la vista. Veamos, nigromante, ¿hierve el agua?

El guardabosque miró hácia al hogar.

— Hierve desesperadamente. Y ahora ¿qué hay que hacer?

— Rogaremos á esta señorita que nos preste su auxilio, contestó Fink. Tengo intención, dijo dirigiéndose á Leonor, de trasladarme en vuestro caballo de familia hasta la fábrica de licores y pasar luego mas allá. He traído conmigo lo que me sirve de desayuno y de comida cuando viajo.

Y sacó algunas pastillas de chocolate.

— Hagamos con esto alguna cosa que se parezca á bebida. Si no os desdenais acompañarnos en esta empresa, yo me propongo hacer desleir este chocolate lo mejor posible, y espero que tendreis la bondad de indicarme de qué modo lo hemos de hacer para conseguirlo.

— ¿Tendreis ahí un rallador ó un mortero? dijo Leonor riendo al guardabosque.

— Yo no tengo ninguno de esos instrumentos, respondió este.

— ¿Tendreis un martillo, preguntó Fink, y un pedazo de papel blanco?

— El martillo se encontró en seguida, pero no sucedió así con el papel.

El guardabosque fué á buscar agua fresca á la fuente. Leonor lavó algunos vasos, y Fink, que se había encargado de partir el chocolate, gritó:

— Este papel es antidiluviano, duro como una suela, y debe datar del tiempo en que no se conocian las máquinas para fabricarlo. Apuesto que hace siglos que está guardado en esta hechizada choza.

Leonor puso los pedazos de chocolate en un puchero lleno de agua y lo meneó con un palito. En seguida se sentaron los tres á la mesa del guardabosque y apuraron con gran placer la bebida preparada por sus manos.

El sol alumbraba la habitación con sus dorados rayos. Su luz se reflejaba en el bello rostro de la jóven y en los nobles rasgos de la pálida fisonomía de Fink sentado enfrente de ella. La luz dió luego en la pared, coloró la cabeza de la garza real y las alas del azor. El cuervo, despues de haber terminado su monólogo, abandonó revoloteando el sitio en que estaba posado, saltó delante de los pies de la jóven y gritó de nuevo: ¡Leonor! ¡Leonor!

La noble señorita conversaba tranquilamente con el huésped de su padre. El guardabosque tomó parte algunas veces en el diálogo y pronunció mas de una palabra llena de gran significación. Hablaron de la provincia y de las gentes que la habitaban.

— En todos los países extranjeros donde he hallado polacos, dijo Fink, he vivido siempre con ellos en muy buena armonía. Siento que la mala inteligencia que reina entre los alemanes y los polacos me impida visitar á estos últimos en su país, porque en ninguna parte se conoce mejor á las gentes que en familia, en el interior de su morada.

— Debe ser una gran felicidad ver tantas cosas distintas, exclamó Leonor.

— Solo en los primeros viajes esa diversidad influye poderosamente en nuestra alma. Despues de haber visitado muchos países se acaba por adquirir la convicción de que todos los hombres tienen entre sí notables puntos de semejanza. Es verdad que se advierte en ellos diversidad de colores en la piel y algunas otras particularidades, pero en todas partes se encuentran las mismas pasiones, el odio y el amor, la risa y el llanto, y poco más ó menos en todos los pueblos con ligeras variantes se ven las mismas cosas. Hoy hace cuatro meses me encontraba yo en el otro hemisferio en medio de una verde estepa desierta, en la choza de un americano. Absolutamente como en este momento. Estábamos sentados al lado de una tosca mesa de madera co-

mo esta, y mi anfitrión se parecía á este buen viejo como dos gotas de agua. Los rayos del sol de invierno penetraban allí precisamente como aquí, por los exiguos cristales de la ventana. Si los hombres conservan todavía algunos rasgos que los distinguen en los distintos países, las mujeres no difieren casi en el fondo entre sí. No hay más que una pequeña bagatela que las distingue.

— ¿Y cuál es esa? preguntó el guardabosque.

— Que son más ó menos aseadas, contestó negligentemente Fink. Eso es todo.

Leonor se levantó, mas ofendida por el tono que por las palabras de Fink.

— Ya es tiempo de que me vaya, dijo friamente poniéndose el sombrero de paja.

— Levantándoos haceis desaparecer toda la claridad de la habitación, exclamó Fink.

— Una nubecilla se ha colocado delante del sol, dijo el guarda acercándose á la ventana, y esto es lo que produce la oscuridad.

— ¡Qué locura! respondió Fink. La sombra la causa el sombrero de paja que cubre los cabellos de esta señorita. La claridad procedía de su blonda cabellera.

Los dos salieron de la casa. El guarda cerró la puerta y se alejaron de la cabaña tomando cada cual una dirección opuesta.

Leonor regresó á su casa. El canario cantaba y el mirlo silbaba, pero de nada hizo caso. Estaba enojada por haber entrado en la casa del guardabosque, y sin embargo no podía desechar este recuerdo de su imaginación. El extranjero la turbaba quitándole la tranquilidad. ¿Se mostraba tan arrogante porque no había nada sagrado para él? ¿Su aplomo no tenía otro origen que la presunción? ¿Debia enfadarse con él ó bien la turbación que experimentaba en su presencia no era más que una locura de una jóven sin experiencia? Hé ahí lo que se preguntaba á sí misma sin cesar, no hallando ninguna respuesta satisfactoria.

Cuando Antonio quiso, hácia la tarde, comunicar una orden al pastor, no encontró á Carlos ni á ninguna persona por quien mandar un mensaje, y como el rebaño no pasaba á mucha distancia del castillo, se dirigió en persona hácia el lado de la refinería, donde se encontraba el pastor. No se vió poco sorprendido, cuando á la extremidad de los campos percibió en el camino á su amigo Fink á caballo, y vió no lejos de él á Carlos y al colono, los tres muy preocupados y atareados. Fink hacia dar vueltas á su caballo como en un circo; los otros llevaban estacas pintadas de blanco y negro fijándolas en tierra para arrancarlas de nuevo. Al mismo tiempo, Carlos miraba con un pequeño anteojo que había fijado en una de las estacas.

— Veinte y cinco vueltas de galope, gritó Fink.

— Dos pulgadas de desnivel, dijo Carlos desde atrás.

— Veinte y cinco, dos, está apuntado, dijo el colono haciendo apuntes en las hojas de su cartera.

— ¿Tambien tú por aquí? dijo Fink riendo á su amigo: aguarda un instante, vamos á concluir pronto. Algunas vueltas de galope todavía, algunas miradas por el anteojo y algunas notas en la cartera.

Los medidores recogieron sus estacas, Fink tomó la cartera del colono y calculó con mucho detenimiento. Al fin se la devolvió sonriendo y dijo:

— Ven, Antonio, voy á enseñarte una cosa. Mira hácia el Norte en dirección del castillo y del río, y observa que este, considerado como una línea recta, forma la cuerda de un arco que se extiende del Oeste al Este, y del cual el lindero del bosque, detrás de tí, sería la curvatura. El bosque y el río ocultan una parte del círculo.

— Es cierto, dijo Antonio.

— Antiguamente el río corría en distinta dirección, continuó Fink; aquí, á lo largo del bosque, en la curva del arco. Cuando se sube siguiendo el lindero del bosque por el antiguo álveo, se llega, por la parte del Oeste, á un punto donde aquel se separa del nuevo. Este es el punto en que se encuentra un mal puente sobre el río; el agua tiene allí todavía un desnivel de más de un pie, y tiene bastante fuerza para hacer andar un gran molino. Al lado se encuentran los destrozados restos de una granja.

— Conozco muy bien ese sitio, dijo Antonio.

— En la parte baja del pueblo, el antiguo álveo del río se separa del bosque y describe una curva replegándose hácia la corriente. Circuye una inmensa llanura de mas de quinientos acres, si puedo fundar con seguridad mi cálculo en los saltos de ese caballo. En todo ese terreno que forma pendiente desde el antiguo álveo del río hácia el nuevo, no hay más que algunos acres de prado y algunos pedazos de terreno arable bastante medianos. La mayor parte de vuestro dominio, y segun me han dicho la mas mala, se compone de arenal y pastos para el ganado.

— Convento en ello, dijo Antonio con creciente atención.

— Ahora, escúchame bien. Si se hace seguir nuevamente al río su antiguo álveo y se le obliga á seguir la curva del arco en lugar de la cuerda, se podrá regar, con el agua que para vuestra vergüenza se pierde, y trasformar el árido arenal en un lozano prado.

— Eres un hombre hábil, exclamó Antonio exaltado por esta descripción.

— ¿Cuánto cuesta por término medio el acre de tierra? preguntó Fink.

— Treinta escudos.
 — Los gastos de establecimiento del prado os costarán otro tanto. En junto forman sesenta escudos, por consecuencia tres escudos de interés al año: añadiendo además dos escudos por acre para gastos de conservación, contribuciones, etc., tendremos cinco escudos. Pero si cuentas luego como producto de cada acre veinte quintales de heno, á medio escudo el quintal, esto te dará un beneficio limpio de cinco escudos por acre; por consecuencia, quinientos acres nos darán dos mil quinientos escudos de beneficio líquido. Para esto se necesita todo lo mas aprontar una suma de quince mil escudos. Esto es, Antonio, lo que queria demostrarte.
 Antonio quedó sorprendido. No cabia duda ninguna que las cifras de la evaluacion hecha por Fink, tanto respecto á los gastos como á los beneficios, no eran en manera alguna quiméricas, y la perspectiva de una explotación tan productiva absorbió de tal manera su atención que, abismado en sus reflexiones, marchó largo tiempo al lado de su amigo sin desplegar los labios.
 — Me haces ver aguas y prados en medio del desierto, exclamó afligido, y en esto no obras bien, porque no será el baron, sino un extranjero, quien podrá hacer esas mejoras. ¡Quince mil escudos!
 — Tal vez diez mil bastarian, dijo Fink en tono burlesco. Yo no te he hecho saber las elucubraciones de mi entendimiento mas que para castigarte por tu terquedad de ayer noche. Ahora hablemos de otra cosa.

En la velada de aquel mismo dia, el baron, dándose importancia, llamó á su esposa y á Leonor.
 — Venid á mi aposento; tengo que hablaros.
 Despues de haberse sentado en su sillón, dijo con una satisfaccion que no habia mostrado hacia ya mucho tiempo:
 — Era muy fácil conocer que esta visita de Fink no es efecto solo de la casualidad, ni de su amistad hacia Wohlfart, como esos jóvenes quieren dar á entender. Vosotras dos sois mas perspicaces que yo; sin embargo, tengo mis razones para creer que esta visita se dirige mas bien á nosotros que á nuestro apoderado.
 La madre dirigió una inquieta mirada á su hija; pero la vista de Leonor estaba fija con tanta calma en su padre, que la baronesa se repuso en seguida.
 — ¿Y qué motivo, segun vosotras, ha podido conducir á ese noble extranjero á nuestra casa? continuó el baron.

Las señoras permanecieron mudas. Leonor sacudió la cabeza y al fin dijo:
 — Padre mio, ya sabeis que M. Fink es el amigo íntimo de M. Wohlfart hace mucho tiempo, y que despues de algunos años no se habian visto. Es natural que Fink aproveche la ligera amistad que os ligaba en otro tiempo para pasar algunas semanas en compañía de su querido amigo. ¿Por qué debemos atribuir á otras causas su estancia entre nosotros?
 — Tú hablas segun las ideas que se profesan á tu edad. Pero créeme, los hombres no se guian nunca por un sentimiento ideal de afecto, como tu sabiduria te lo hace suponer con alguna ligereza; mas bien se ven dominados por el interés.
 — ¿El interés? exclamó la baronesa.
 — ¿Qué hay en esto de extraño? preguntó el baron irónicamente. Los dos son comerciantes; Fink conoce bastante las ventajas del comercio para dejar de hacer un negocio cuando se le presente una ocasion propicia. Voy á deciros por qué ha venido. Nuestro excelente Wohlfart le ha escrito: «Aquí hay un dominio cuyo propietario está imposibilitado en este momento de administrarlo por sí mismo. Se pueden ganar algunos escudos. Tú tienes dinero, vende. Soy tu amigo, y espero que me reservarás alguna parte en los beneficios.»
 La baronesa quedó muda de sorpresa y no pudo proferir una sola palabra. En cuanto á Leonor, se levantó y exclamó con la energía de un corazón profundamente herido:

— Padre mio, yo no puedo soportar que hables así de un hombre que nos ha mostrado siempre el mas grande desinterés. Su amistad hacia nosotros llega hasta sufrir con una paciencia sin límites el aburrimiento de esta triste soledad, y una enojosa posición con la que no se conformarian muchos otros en su lugar.
 — ¡Su amistad! dijo el baron; jamás, á lo menos que yo sepa, hemos llevado á tan alto punto nuestras pretensiones.
 — Sí por cierto, padre mio, repuso Leonor animándose por momentos. En ocasion en que mi madre se veia abandonada por todo el mundo, Wohlfart solo fué el que acudió en su auxilio. Desde el dia en que mi hermano le presentó en casa hasta este momento, es la única persona que ha mirado por nuestros intereses y te ha representado en todas ocasiones.
 — Y bien, dijo el baron, dando acceso en su corazón á mejores sentimientos, yo concedo que lleva perfectamente la contabilidad y que demuestra mucho celo á pesar de sus escasos honorarios; pero si estuvieras mas inteligenciada en los negocios, juzgarias mis palabras mas desapasionadamente. Por otra parte, añadió conmovido, no habria en su conducta nada vituperable. Yo no cuento en este momento con capitales para hacer valer mis tierras, y estoy, como ya sabeis, imposibilitado de dirigir personalmente mis negocios. ¿Qué se puede encontrar de malo en que otros me hagan proposiciones que les son ventajosas y que á mi no me causan ningun perjuicio?

— Por amor de Dios, padre mio, ¿qué proposiciones son esas? En todo eso, á Wohlfart no puede haberle guiado otro móvil que mirar por tus intereses.
 La baronesa indicó con un movimiento de mano á Leonor que no insistiera en su réplica.
 — Si Fink quiere comprarte el dominio, dijo en seguida, lo miraré, querido Oscar, como una felicidad; eso seria para ti la mejor tabla de salvamento.
 — Hasta ahora no ha sido cuestion de venta, contestó el baron. En la presente coyuntura, lo miraria todavia dos veces antes de desprenderme tan pronto de esta propiedad. Fink me ha hecho una proposición de otra clase. Quiere ser mi colono, mi arrendador.
 Leonor cayó en una silla sin proferir una palabra.
 — Quiere arrendarme quinientos acres de tierra para establecer prados artificiales. Yo no puedo negar que me haya hablado francamente y como hombre de honor. Me ha probado con números cuánto ganaria en este negocio; me ha ofrecido pagar en seguida el arriendo de los primeros años, y se ha comprometido á romper el contrato al cabo de cinco años y á restituirme los prados, si le pago los gastos de primera entrada.
 — ¡Gran Dios! exclamó Leonor, supongo que habrás rehusado aceptar tan generosa oferta.
 — He pedido tiempo para reflexionar, contestó el baron con aire satisfecho. La proposición, como he indicado ya, no es precisamente desventajosa para mí. No obstante, seria una imprudencia por mi parte conceder á un extranjero tan grandes ventajas durante cinco años, cuando puedo esperar, dentro de un año, tener á mi disposición sumas que me permitirán intentar esa empresa por mi propia cuenta.
 — Tú no podrás intentarlo jamás por tu cuenta, ¡pobre esposo mio! dijo la baronesa anegada en lágrimas, poniendo su mano en los ojos de su marido, al que tuvo largo tiempo abrazado.
 El baron, anonadado y rendido, posó su cabeza, á semejanza de un niño, sobre el seno de su esposa.
 — Es necesario que yo sepa si Wohlfart está instruido de este proyecto, y cuál es su modo de pensar respecto á él, dijo Leonor resueltamente. Si lo permites, papá, le mandaré llamar al momento.
 Como el baron no contestó, llamó al criado y salió del aposento para aguardar á Antonio á la puerta.
 Fink, sentado en el cuarto de Antonio, estaba ocupado en reprender á su amigo.
 — Desde que no fumas, tu genio protector te ha abandonado y renuncia á inspirarte mejores sentimientos. En el dia se distingue allá en el Olimpo entre los demás por un gran tupé, y habiendo preguntado Júpiter á su gran senescal: «¿quién es ese desgraciado genio con peluca? El senescal contesta: ese caballero estaba unido en otro tiempo al miserable monstruo conocido bajo el nombre de Antonio Wohlfart, y se ha separado de él porque ha abjurado el uso de los habanos.» Entonces Júpiter dice encolerizado: «que descienda á los infiernos, y que su alma sea cosida dentro de una hoja de rábano, y que sea azotado cada dia por los diablillos fumadores.»
 — Muy buen humor has traído de América, dijo Antonio levantando la vista de su trabajo.

— Cállate; en otra época tenias siempre ocasion de pasar algunas horas en conversacion, mientras ahora empleas todo tu tiempo en cálculos eternos, que por vida de Tántalo, no tienen objeto ni razon de ser.
 Entró el criado y dijo á Antonio que el baron queria hablarle. Cuando Antonio se disponia á salir, Fink le llamó:
 — A propósito, he ofrecido al baron tomar en arriendo quinientos acres de sus tierras. Dos escudos y medio por acre, y restitution de los prados al cabo de cinco años, despues de haberme reembolsado de los gastos, sea al contado ó por medio de hipoteca. Ahora vete, amigo mio.
 Cuando Antonio entró en el aposento del baron, encontró á la baronesa sentada al lado de su marido, cuya mano tenia entre las suyas. Leonor, agitada, se paseaba por el aposento.
 — ¿Teneis conocimiento de la proposición que M. de Fink ha hecho á mi padre? le preguntó.
 — En este momento acaba de decirme dos palabras sobre el particular, contestó Antonio.
 El baron se sonrió con aire burlesco.
 — ¿Y cuál es vuestra opinión? ¿Mi padre puede aceptar?
 Antonio calló. Al fin, despues de haberse puesto sobre sí, dijo con cierto embarazo.
 — Es ventajosa para el dominio. La realizacion de ese proyecto podria ser un gran recurso para esta propiedad.
 — No es eso lo que yo os pregunto, contestó Leonor impaciente; quisiera saber solamente si, como amigo, nos aconsejais que aceptemos esa proposición.
 — No, dijo Antonio.
 — Ya sabia yo que esa seria vuestra contestacion, dijo colocándose detrás de la silla de su padre.
 — Decís pues que no; y ¿tendreis la bondad de explicar el motivo? preguntó el baron.
 — Los tiempos que atravesamos, en que todo está fuera del orden natural, me parecen poco á propósito para una especulacion de esa importancia. Veo por otro lado que Fink, al haceros esa proposición, procede así por razones que tal vez le honran, pero que deben, segun mi parecer, señor baron, haceros vacilar antes de aceptarla.
 — Me permitireis que decida por mí mismo lo que puedo aceptar y lo que debo rehusar, contestó el baron. Como negocio, la empresa seria ventajosa para entrambas partes.
 — Convengo en ello, señor baron.
 — En cuanto á la manera de juzgar la situación política del momento, esa es una cuestion personal. El que no se detenga ante esta consideracion para emprender cualquier cosa útil, merecerá, á mi entender, mas elogios que el que, por un vago temor, desprecie la ocasion que se le presenta.
 — Concedo tambien sobre este punto.
 — ¿Esta empresa contribuirá á que M. de Fink fije su residencia aquí por mucho tiempo? preguntó la baronesa.
 — No lo creo, señora. Confiará los trabajos á cualquier hábil agrónomo, y su espíritu activo le llevará bien pronto al agitado torbellino de las ciudades. Yo no puedo fundar mas que en conjeturas los motivos que le han determinado á hacer su proposición al señor baron. Creo que lo que ha influido en gran parte, es su alta veneracion por vuestra casa, y el deseo de poder, en estos momentos de trastorno, vivir cerca de vos y de mí. El peligro mismo que impulsaria á otros á huir de estas comarcas, tiene para su gran corazón un poderoso atractivo.
 — Y vos, ¿no tendrais un gran placer en conservar aquí á vuestro amigo? preguntó todavia la baronesa.
 — Hasta este dia no me habia atrevido á concebir esta esperanza, contestó Antonio. En otro tiempo me habia impuesto la tarea de desviarle de sus precipitadas resoluciones, que por un simple capricho le hacian arrostrar muchos peligros.
 — La proposición que me ha hecho vuestro amigo, ¿os parece poco meditada y temeraria? preguntó el baron.
 — La proposición es arriesgada para él solo, contestó Antonio con energía; y hay en este negocio alguna cosa, señor baron, que me ofende por vos; y me pondrais en grande apuro si me preguntárais por qué. Todo lo que yo sé, es que no puedo explicarme lo que siento.
 — Os damos las gracias, dijo el baron, y no queremos deteneros por mas tiempo. Además, el negocio no corre prisa.
 Antonio se inclinó y salió del aposento.
 Leonor permaneció silenciosa en el umbral, siguiendo á Antonio mucho tiempo con la mirada. Repitió entre sí las últimas palabras: *No puedo explicarme lo que siento*. Infinidad de presentimientos asaltaron su alma. Se irritaba por la debilidad de su padre, y se rebelaba contra Fink, porque se atrevia á ofrecerles sus favores. Si su padre aceptaba ó rehusaba, la posición respecto á su huésped no era en manera alguna la misma. Todos le debian obligaciones; ya no era para ellos un extranjero, pues estaba enterado de sus secretos pesares. Pensó en el movimiento irónico de sus labios, en la contracción de sus cejas, y creia oír que se burlaba de su padre al mismo tiempo que de ella. Se habia introducido atrevidamente en su casa, y al cabo de pocos dias se habia apoderado de las riendas con una ligera indiferencia para dirigir el carro de su destino. ¿Seria al carácter fantástico y presuntuoso de este hombre á quien su padre debería tal vez su salvacion?
 Hoy habia podido todavia chancearse con el joven y

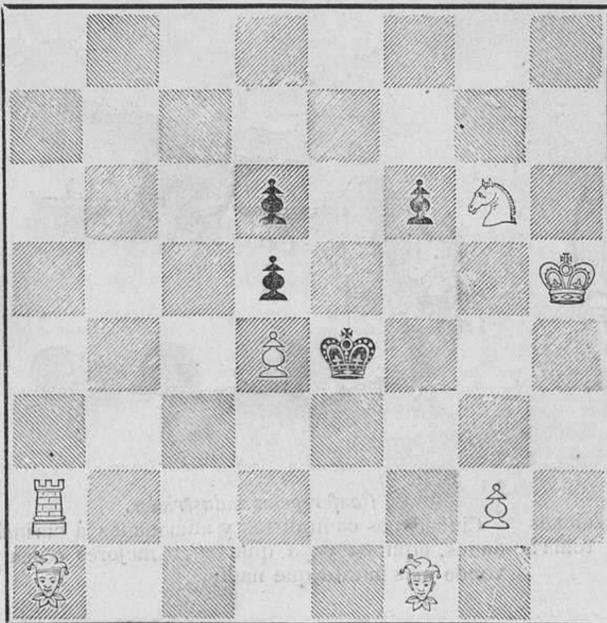
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 275.

- | | | |
|---|--------------------|-----------|
| 1 | Ra 3ª Ra | C 8ª R |
| 2 | C 6ª ARª jaque | R 3ª AR |
| 3 | Rª 6ª CR | P toma Rª |
| 4 | C 5ª R jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 276, POR M. W. GRIMSHAW.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

opulento hidalgo, como un huésped con quien se encuentra bajo el pie de la igualdad; pero ¿cómo le miraría á partir de aquel momento? Se trasformaba para ella en un gran señor, al que en realidad su padre se vería subordinado. Su orgullo se rebelaba contra el tono de superioridad que se arrogaba, y del cual sentía ella en aquel momento todo el ascendiente. Resolvió tratarle con frialdad, y mientras pensaba en las preguntas que él podría hacerla, y en las contestaciones que debía darle, su alma luchaba contra la imagen del orgulloso americano, como el pájaro despavorido vuela al rededor del enemigo que le arroja de su nido.

— ¿Qué piensas hacer, Oscar? preguntó la baronesa.

— Mi padre no se resolverá á aceptar el ofrecimiento que se le ha hecho, dijo Leonor con fuerza.

— ¿Cuál es tu opinion? preguntó el baron dirigiéndose á su esposa.

— Elige lo que te libre cuanto antes de este dominio; lo que te evite la inquietud, el pesar, la incertidumbre que te atormenta sin cesar. Partamos lo mas pronto posible; abandonemos este desgraciado pais para buscar un refugio en comarcas donde las pasiones no estén tan exaltadas como aquí.

— ¿Tú me aconsejas pues que acepte esa proposicion? dijo el baron. El que arrienda una parte del dominio, tambien se encargará fácilmente de toda la propiedad.

— ¡Y nos pagará una pension! exclamó Leonor.

— Eres una loca, hija mia, dijo el baron. Las dos os entregais inútilmente á la exaltacion. No hay duda que la oferta es muy importante para rehusarla sin reflexionar ó para aceptarla ciegamente. Yo pesaré el pro y el contra. Wohlfart encontrará bien el medio de examinar las condiciones, añadió en tono de mejor humor.

— Padre mio, atiende á lo que te dice Wohlfart, y respeta tambien lo que calla por delicadeza.

— Si, escucharé su opinion, dijo el baron despues de una pausa; y ahora os deseo á las dos que paseis buena noche. Reflexionaré sobre el particular.

(Se continuará.)

LAS CONFERENCIAS DE PARIS.

POR BERTALL.



Observaciones del auditorio.

— ¡Qué entusiasta es el orador!
 — ¡Ya lo creo! como que tiene muy buenas razones para desear una mejor reparticion de la fortuna pública.



Socialistas y economistas.

La puntuacion del discurso.



Salida de la conferencia.

Vamos á remojar el gazaate.



Los neosocialistas.

La propiedad es el robo, el capital es el asesinato, luego la economia es el crimen, luego lo mejor que hay que hacer es comer y beber, beber sobre todo.



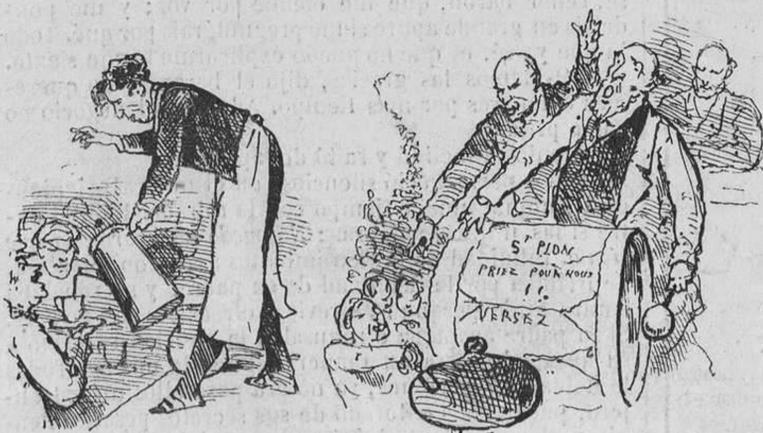
Conferencias en familia.

— Dime, muchacho ¿qué es lo que has hecho con el dinero de la semana?
 — ¡Está en la caja de ahorros!



Conferencias femeninas.

— En nombre de la igualdad y de la moral, yo pido que todas las mujeres tengan la cara pintada de viruelas. Una dama tuerta. — Pues yo propongo una enmienda; en lo sucesivo las mujeres no tendrán mas que un ojo y los hombres continuarán siendo ciegos.



Conferencias electorales.

Café y copa para los electores que nombren el candidato que se les señala.



Conferencias de accionistas.

Empréstitos, acciones y obligaciones con grandes premios: ¿quién toma? ¿quién quiere hacerse rico?



Conferencias industriales.

Ciudadanos capitalistas y aficionados á curiosidades, aqui estoy yo que tengo mejores cosas y vendo mas barato que nadie.



Conferencias de la elegancia.

Ciudadanos, ahí teneis al verdadero socialista. Su padre tardó sesenta años en ganar un millon, y él tardará tres ó cuatro en disiparlo.
 Coro de gente aprovechada. — ¡Viva el elegante!